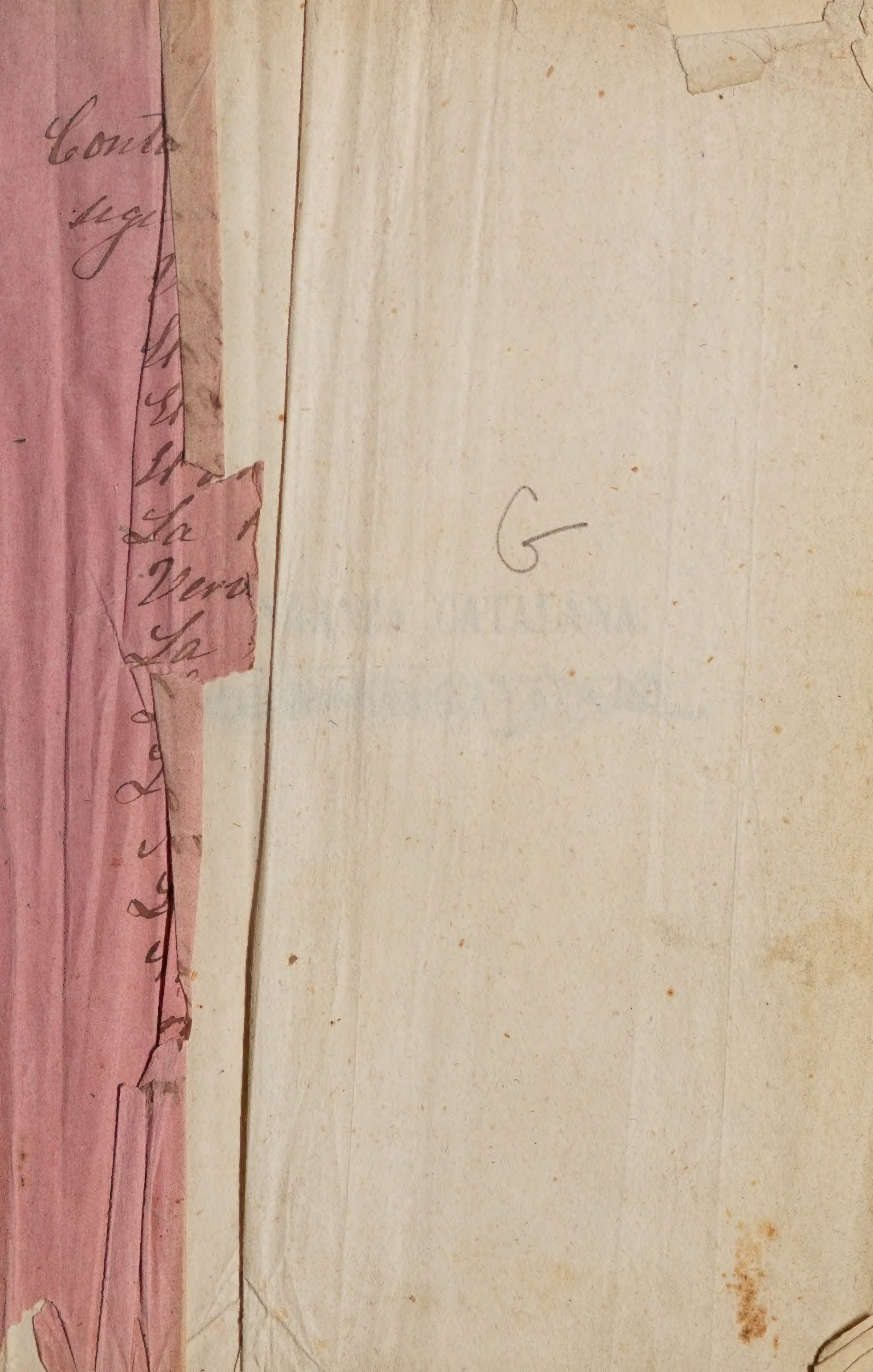

G

VENGANZA CATALANA.

~~VENGANZA CATALANA~~

VENGANZA CATALANA,

DRAMA EN CUATRO ACTOS,

POR

D. ANTONIO GARCIA GUTIERREZ.

Representado en el teatro del Príncipe.

MADRID.

IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ, CALVARIO, 18.

Diciembre de 1863.

PERSONAS.	ACTORES.
MARIA..............	SRAS. D.ª MATILDE DIEZ.
IRENE..............	D.ª ADELAIDA ALVAREZ.
CATALINA..........	D.ª TRINIDAD SABATER.
ROGER DE FLOR....	SRES. D. MANUEL CATALINA.
BERENGUER DE ROUDOR..............	D. JUAN CATALINA.
GIRCON.............	D. ANTONIO PIZARROSO.
ALEJO..............	D. MANUEL PASTRANA.
MIGUEL PALEÓLOGO.	D. RAFAEL MUÑOZ.
PERICH DE NACLARA.	D. MARIANO FERNANDEZ.

Soldados catalanes, aragoneses y alanos.

La accion, en los tres primeros actos, pasa en Andrinópolis, año de 1304: el acto cuarto en la ciudad de Apros.

ACTO PRIMERO.

El teatro representa el campamento de los Alanos bajo las murallas de Andrinópolis. En primer término, á la derecha, la tienda de campaña de Gircon, en la que estará este durmiendo. Al foro, vista parcial de la ciudad. Es de noche.

ESCENA PRIMERA.

GIRCON, IRENE y un SOLDADO ALANO con una antorcha encendida.

IRENE. Señor? (Acercándose á Gircon.)
GIRCON. Qué es eso, hija mia?
ha brillado el resplandor
de la aurora?
IRENE. No, señor:
aun debe tardar el dia.
GIRCON. Y cómo asi, levantada
tan pronto?... responde, Irene;
qué extraño pesar te tiene
del sueño tan apartada?
IRENE. No hay pena que á mí me aflija.
GIRCON. Á qué viniste?
IRENE. Á calmar
vuestro duelo.
GIRCON. No hay vagar
para mis dolores, hija.

IRENE. Á ese tormento profundo
no hay consuelo que le cuadre?
GIRCON. Nada, Irene.
IRENE. No sois padre?
GIRCON. Nada me queda en el mundo.
Padre fuí: por qué renuevas
la triste y fatal memoria
de esa dolorosa historia?
IRENE. Os traigo agradables nuevas.
GIRCON. Para mí? no puede ser.
—Habla: qué es?
IRENE. Aun no os lo puedo
asegurar.
GIRCON. Tienes miedo
de que me mate el placer?
Es inútil precaucion:
tanto el padecer nos muda,
que se ha trocado sin duda
en piedra mi corazon.
—Nada á conmoverme alcanza.
IRENE. En el corazon mas seco,
siempre despierta algun eco
á la voz de la esperanza.
GIRCON. Acaba, dí; qué noticias
me traes? qué misterio extraño
es ese?
IRENE. Si no me engaño,
padre, me dareis albricias.
Esta noche vuestra gente
ha preso á un hombre.
GIRCON. Y quién era?
IRENE. Quién?—Sospechando que fuera,
segun resistió valiente,
persona de gran valia,
trajéronle asegurado.
GIRCON. Quién es, Irene?
IRENE. Un soldado
catalan.
GIRCON. Algun espia?
IRENE. Pero en su voz y ademan...
—Oh! no me engañe el deseo!
—hallar otra cosa creo

que el soldado catalan.

GIRCON. Pues?...

IRENE. No llorais angustiado
de un hijo ausente el cariño?

GIRCON. Qué dices?

IRENE. Aun era niño
cuando huyó de vuestro lado.
Tal vez me cegó un error
y se engañaron mis ojos:
quién sabe si en mis antojos
me le retrató el amor?

GIRCON. Eso será; mas yo quiero
averiguarlo.

IRENE. Si! si!

GIRCON. Corre al punto, y haz que aqui
conduzcan al prisionero.
(Al soldado: este se marcha.)
Bien dijiste! (Con alegria.)

IRENE. Qué mudanza!

GIRCON. Aun en su afliccion mas honda
no hay alma que no responda
á la voz de la esperanza.
—Irene!

IRENE. Llorais!

GIRCON. De gozo!
—Aunque en mi interior repruebo
el rigor, reñirle debo
por sus locuras de mozo.
Y si es que le trajo aqui
mi ventura, al fin veré
cumplido mi afan.
(Mirando á Irene con ternura.)

IRENE. Yo sé
que desistireis por mí.

GIRCON. Pues le negarás tu mano?

IRENE. Y él tambien: os lo prevengo.

GIRCON. No le amas?

IRENE. Sí: yo le tengo
conmigo en lugar de hermano.
—No sois mi padre?

GIRCON. Ese nombre
que en merecerte confio,

ya lo sabes, no es el mio.
IRENE. Y si os dijera: «No hay hombre
alguno á quien yo dar pueda
mi amor?»—Pero á qué es el dolo?
Sí! sí, padre! hay uno solo
y el destino me lo veda.
GIRCON. Cuando tu padre postrado
tras de un combate sangriento
al dar el último aliento
te encomendó á mi cuidado,
con los ojos en mí fijos
que ya empañaba la muerte,
gritó: «Enlaza en una suerte
la suerte de nuestros hijos.»
IRENE. Y os juro que resignada
con su voluntad cumpliera,
si únicamente yo fuera
por esa union desgraciada.
GIRCON. Alejo?...
IRENE. Con invencible
pasion que sin tregua llora,
como yo tambien adora
una esperanza imposible.
GIRCON. Cúmplase vuestro destino,
Irene! (Despues de una pausa.)
IRENE. Padre; yo os dejo.
GIRCON. Tan pronto?
IRENE. Vendrá ya Alejo,
y que tendreis, imagino,
mucho que hablarle.
GIRCON. Así es;
tras una tan larga ausencia...
pero huyes tú su presencia?
IRENE. Yo? no: le veré despues. (Váse.)

ESCENA II.

GIRCON: luego ALEJO, y soldados alanos que lo custodian.

GIRCON. Será posible? seis años
no han cambiado su semblante,
cielos! no ha podido Irene

por mi desdicha engañarse?
Pero si fuera verdad!
si Dios de mí se apiadase
trayendo al hijo perdido
á los brazos de su padre!
—Pero aqui viene.
(Hace una seña á los soldados de que se retiren.)

ALEJO. (Dios mio!
fuerzas y entereza dadme.)

GIRCON. Acercaos.

ALEJO. (Él es.)

GIRCON. (No hay duda.)
Quién sois, decid, y á qué parte
caminais?

ALEJO. Ya no os lo han dicho
los impulsos de la sangre?
Soy un hombre á quien el odio
de la fortuna inconstante
señaló con la ignominia
del mas vergonzoso ultraje.
Seis años há que dejando
el Asia, surqué los mares
en busca de una venganza
que Dios no ha querido darme;
y hoy con el llanto en los ojos
y el rubor en el semblante,
vengo á deciros: «Señor,
»nada logré, perdonadme.»

GIRCON. Alejo! no me he engañado! (Le abraza.)
—Señor! Señor! tus piedades
permiten á mis desdichas
este consuelo aunque tarde!

ALEJO. Padre!

GIRCON. Pero dí; qué agravio
es ese, de que me hablaste?
quién te ha ofendido?

ALEJO. Á saberlo
ya tuvieran fin mis males.

GIRCON. No te comprendo.

ALEJO. Esta afrenta
que sobre entrambos recae,
y que el sol de nuestra honra

nubla con negros celajes,
está en nuestros pechos viva,
y en vano es que se recate,
que el color de la vergüenza
sangriento á la cara os sale.

GIRCON. Calla! calla! quién te ha dicho,
rapaz, que hay en mi linaje
ni en obra ni en pensamiento
mancha que deba lavarse?

ALEJO. Quién me lo ha dicho?

GIRCON. Responde.

ALEJO. Permitidme que lo calle,
vos lo sabeis.

GIRCON. Yo?

ALEJO. Pues bien:
si lo quereis, escuchadme.

GIRCON. Qué vas á decir?

ALEJO. La historia
de una mujer miserable
que deshonró vuestras canas.

GIRCON. Tente, infelíz! no la agravies!
ha muerto.

ALEJO. Tal vez la mano
de Dios...

GIRCON. Oh! si!... (Ocultando el rostro.)

ALEJO. Padre! padre!
y yo que la he maldecido
tantas veces! pobre mártir!
por qué tú sola ese crímen
con breve muerte expiaste?
por qué no ha querido el cielo
que tu hermano te vengase?

GIRCON. Mas quién, Alejo, te ha dicho
ese secreto? si sabe
otro que tú nuestra afrenta...

ALEJO. No: yo os lo aseguro, nadie.
Ella misma... bien sabia
cuánto mi amor era grande!
en lágrimas anegada
me reveló sus pesares.

GIRCON. Mas no pudiste saber
de su seductor infame

el nombre?

ALEJO. No.

GIRCON. Y es posible
que ella tambien lo ignorase!

ALEJO. Lo sabia.

GIRCON. Y no lo dijo.

ALEJO. Solo para amar fué frágil.
Esclava de su infortunio,
triste, resignada, amante,
lloró y expió su culpa
con la sumision de un ángel.
Quejas, amenazas, todo
lo empleé, mas todo en balde:
permaneció sorda al ruego,
muda, insensible al ultraje.
Iba á herirla... una sonrisa
cubrió su rostro, inefable,
y ante aquel valor sublime,
señor... me sentí cobarde.

GIRCON. Y entonces...

ALEJO. Solo me dijo
que el autor de su desaire
era soldado y nacido
en las nieves de los Alpes.
—Seis años, ya lo sabeis;
lejos de mi patria, errante,
al burlador de mi hermana
he buscado en todas partes.
Inútilmente! no hallé
nada que me iluminase
de este oscuro laberinto
en la tenebrosa cárcel:
ni un gesto, ni una palabra!...
—Y aun sustenta al miserable
la tierra, y yo no he vertido
gota por gota su sangre!

GIRCON. Y cuál es la causa, dime,
de hallarte con ese traje
y en tal sitio?

ALEJO. Soy soldado
y sirvo á los catalanes.

GIRCON. Alejo!

ALEJO. Para encontrar
desde Sicilia, pasaje,
esto fué preciso.
GIRCON. Cielos!
ALEJO. Oculté mi nombre y clase,
y á Berenguer de Roudor
prestando el pleito homenage,
dejé á Mesina con él
en busca de mis hogares.
GIRCON. Y dí; si los que antes fueron
amigos, rotas las paces,
contra los tuyos un dia
volvieran sus estandartes,
qué hicieras?
ALEJO. Hasta cumplir
el jurado vasallaje,
dar si es preciso la vida
primero que al honor falte.
GIRCON. Y no sabes tú sin duda
que de ese horroroso trance
vá llegando por momentos
la ocasion inevitable?
ALEJO. Lo he sospechado.
GIRCON. En buen hora;
pero sin duda no sabes...
ALEJ. Si, padre mio: ya sé
de cuánto serán capaces
los griegos; bien los conozco
y no es cosa que me espante.
GIRCON. Bien! muy bien. (Tiemblo de oirle!)
Y eso es lo que aqui te trae
sin duda?
ALEJO. Qué decis?
GIRCON. Digo
que á averiguar nuestros planes...
ALEJO. Bueno es eso, porque nada
á mi desventura falte!
—Si aqui vine... el corazon
no es posible que os engañe!
—Fué por dar á mis desdichas
el consuelo de este instante.
Por espia me tuvieron;

no es verdad? pues bien! que sacien
su cólera en mí.

GIRCON. En la tierra
hay quien se atreva á insultarte!
—Mas tú te quedas conmigo.
(Alejo hace con la cabeza un movimimiento negativo.)
No, Alejo: no me disuades.

ALEJO. Soy vasallo...

GIRCON. Nada importa:
yo compraré tu rescate.

ALEJO. Os digo que es imposible. (Con resolucion.)

GIRCON. Hay desdicha semejante! (Pausa.)
Pues bien: libre estás; al campo
de mis enemigos parte,
ya que la suerte lo quiere. (Hace que se vá.)

ALEJO. ¿Os vais?

GIRCON. Qué mas pides?

ALEJO. Dadme
vuestra bendicion.

GIRCON. No, Alejo!
en tanto que esas señales
de abyeccion y esclavitud
á mis ojos te disfracen,
no te conozco por hijo.

ALEJO. Pues bien: apúrese el cáliz.
Yo sucumbiré á mi suerte
hasta que de mí se apiade
ese Dios que así me envia
dolores para probarme.
Fuerzas tengo y corazon
para seguir adelante
por esta senda de espinas
que el cielo á mis plantas abre.
Id con Dios, padre; id con Dios,
ya que mi amor no os persuade:
yo os obedeciera, pero...
la fé del soldado es antes.

GIRCON. Guarda tu fé: vuélvete
á tu campo; no te tardes.

ALEJO. Y si mañana el clarin
á batalla nos llamase?

GIRCON. Cumplamos nuestro deber:

lo que vendrá, Dios lo sabe.
(Váse por la derecha.)

ESCENA III.

ALEJO, solo.

Cuánto la esperanza yerra!
Con qué placer tan profundo
pisé, insensato, esta tierra,
donde para mí se encierra
cuanto hay hermoso en el mundo!
Y estos, no hay duda; estos son
los sitios en que solia
ponderarla mi pasion;
mas qué trocados! Maria;
lo está asi tu corazon?
Lejos ya de mi presencia,
has concebido tal vez
de otro afecto la violencia,
ó ha resistido á la ausencia
el amor de la niñez?
Horrible duda! espantosa!
tú presa en ajenos lazos
tan cándida, tan hermosa!
tú, Maria, de otro esposa
y bien hallada en sus brazos!
—No! no! apártate de aqui,
alevoso pensamiento!
ella abandonarme así
y olvidar su juramento!
—Qué fuera entonces de mí!
(Ruido de espadas.)

MARIA. Socorro! (Dentro.)
ALEJO. Cielos!

ESCENA IV.

ALEJO y CATALINA, por la izquierda.

CATAL. No habrá
quien nos ampare?

ALEJO. Señora...
CATAL. Venid; en peligro está
quien vuestro favor implora
y que sin él morirá.
ALEJO. Dónde?
CATAL. Seguidme.
ALEJO. Yo os fio...
(Vuelve á oirse por un momento el ruido de armas: Catalina retrocede.)
CATAL. Ay!
ALEJO. Esperad. (Vése por la izquierda.)
CATAL. Son alanos,
que este es su campo. Oh, Dios mio!
savadla!
ALEJO. (Dentro.) Soltad, villanos.
CATAL. No le abandone su brio!
—Mas qué es esto! ya cesó
el rumor.

ESCENA V.

CATALINA, ALEJO, que trae en brazos á María.

ALEJO. Venid.
CATAL. Qué veo!
en salvo! el cielo me oyó.
ALEJO. Alzadla el velo.
CATAL. Eso no.
MARIA. ¡Ay!
CATAL. Me engañó mi deseo?
respira! Cobrando voy
aliento.
MARIA. Favor!
CATAL. Calmad
el recelo.
MARIA. Dónde estoy?
quién me detiene?
CATAL. Yo soy.
MARIA. Tuvieron de mí piedad?
CATAL. Sin el favor de un soldado
que á nuestro socorro vino,
vuestro fin era llegado.

MARIA. Y es?...
CATAL. Mirad. (Señalando á Alejo.)
MARIA. Dios sea loado,
que os trajo por mi camino.
Acercaos.
ALEJO. Qué me quereis?
MARIA. Si ese traje no me engaña,
sin duda perteneceis
á los soldados de España
y con Roger servireis.
ALEJO. Soldado soy de Roger.
MARIA. Y para recompensaros
tal favor, qué habré de hacer?
ALEJO. Vos!... nada.
MARIA. Tengo poder.
ALEJO. Oh! No hay para qué cansaros.
MARIA. Sois modesto.
CATAL. (Y aun galan.)
MARIA. No habeis sufrido reveses
de la suerte?
ALEJO. Á qué ese afan?...
MARIA. En ese bolsillo os dan
cien escudos genoveses.
(Alargando un bolsillo á Catalina, que esta ofrece á Alejo.)
No es paga, que mas virtud
presumo de vuestro pecho:
ofrenda es de gratitud.
Tomad.
ALEJO. No sé qué sospecho
de tanta solicitud.
Mucho os pesa agradecer!
excusad la recompensa.
MARIA. Os enojais?
ALEJO. Puede ser.
MARIA. Si lo habeis tomado á ofensa,
yo os quiero satisfacer.
Perdonad si me engañó
el traje: os juzgué soldado.
ALEJO. Quién os dice que mintió?
MARIA. No sois caballero?
ALEJO. No:

es mas humilde mi estado.

MARIA. Cómo! y siendo tan impia,
segun decis, vuestra suerte,
despreciais la oferta mia!
y por qué?

ALEJO. Prefiriria
mil veces antes la muerte.
Mas si en dar alguna prenda
al soldado, os empeñais,
sin que esto favor se entienda,
sirva á mi herida de venda
ese lienzo que ahí llevais.

MARIA. Por salvarme! á tal accion
tal premio los cielos dan!
—Dónde?...

ALEJO. Aqui: siempre aqui son
(Con la mano en el pecho.)
mis heridas: todas van
derechas al corazon.

MARIA. Mas si peligrosa fuera...

ALEJO. Por mi desventura es leve.

MARIA. Recompensaros quisiera,
no así, mas de otra manera;
como á vuestra accion se debe.
Conservad, ya que os agrada,
ese lienzo.

ALEJO. Está mi herida
con harto precio pagada.

MARIA. No olvidaré que á esa espada
debí esta noche la vida;
y si os place alguna vez
pedir por tan gran servicio
el premio, sed vos el juez.

ALEJO. Es muy grande mi altivez
y pequeño el sacrificio.
Solo os pediré, si tanto
puedo yo ser venturoso,
que descubrais ese encanto
que avaro me niega el manto
de tanta dicha celoso.

MARIA. Mas me pedis que pensais.

ALEJO. Perdonadme si indiscreto...

MARIA. Pero si de mí fiais,
antes de mucho, os prometo
que cual pedís me veais.

ALEJO. (Hay tal magia, hay tal poder
en su voz, que se estremece
mi corazon de placer.)

MARIA. Quedaos aqui: ya amanece
y temo que me han de ver.

ALEJO. Pero sola?...
(Haciendo ademan de acompañarla.)

MARIA. No consiento (Con entereza.)
que de aqui paseis.

ALEJO. Ya enojos?

MARIA. Ó borrareis desatento
el alto merecimiento
que os recomienda á mis ojos.

ALEJO. Esa razon me reporta;
mas mirad, por vuestra vida...

MARIA. No, no, la distancia es corta;
adios quedad, que me importa
no ser aqui conocida.
(Váse por la derecha seguida de Catalina.)

ESCENA VI.

ALEJO solo.

Extraña mujer! no sé
qué encanto, qué melodia,
en esa voz encontré,
que jurara por mi fé
que estaba oyendo á Maria.
Y aunque es hoy la vez primera
que escucho y hablo á esta dama,
no sé qué extraña quimera
toda la razon me altera,
todo el corazon me inflama.
Deseo! en vano procuras
hallar en algun recuerdo
la causa de estas locuras.
—Inútilmente me pierdo
entre vanas conjeturas.

No es ella, ilusion que adoro!
no es la voz que vertió en paz
aqui de amor un tesoro,
con el arrullo sonoro
de la paloma torcaz:
es el imperioso acento
del que subyuga y domina,
y mientras su influjo siento,
airado, me dá tormento:
cariñoso, me fascina.
—Mas ya moviéndose está
el campo: el deber te llama,
esclavo! olvídate ya
de la misteriosa dama,
como ella te olvidará.

(Váse por la izquierda: empieza á moverse el campo de los masagetas, viéndose cruzar en varias direcciones algunos soldados. Se oye tocar clarines á diferentes distancias. Poco despues salen por la izquierda el Emperador y Gircon, seguidos de una corta comitiva.)

ESCENA VII.

MIGUEL PALEÓLOGO, GIRCON.

MIGUEL. Roger mueve su campo?
GIRCON. Y arrogante
con su gente hácia el nuestro se encamina.
MIGUEL. Qué quiere eso decir?
GIRCON. Qué hay que os espante,
ó qué insensato error os alucina?
Harto, señor, acreditado habemos
todo el temor que en nuestros pechos labra,
y harto nuestra vergüenza merecemos:
vergüenza y abyeccion! sí, por mi nombre!
MIGUEL. Mas qué puedo yo hacer?
GIRCON. Una palabra
decid: que muera, y morirá ese hombre.
MIGUEL. Por qué tanto rigor y por cuál crímen!
GIRCON. Al Asia preguntad: sus moradores
que vuestros hijos son, pidiendo gimen

venganza de sus nuevos opresores.
Y vos se la dareis, que aunque no os venza
del corazon la rabia comprimida,
os dolerá, señor, nuestra vergüenza.
Qué nos importa sin honor la vida?

MIGUEL. Paciencia y no irritemos nuestro encono;
yo lo siento tambien y sufro y callo.
Quien tan alto nació y ocupa un trono...

GIRCON. No escuchará las quejas del vasallo?

MIGUEL. Mas si la voz de la pasion escucha
y el sentimiento del rencor la vicia,
quién le asegurará que en esta lucha
no venza la pasion á la justicia?
Si con mayor fortuna ó mas denuedo
venció Roger las bárbaras falanges
de Amurat y Carcano...

GIRCON. Á Dios pluguiera
que al usado rigor de sus alfanjes
antes el Asia con baldon cayera.
Dobla el esclavo con dolor la frente
cuando tirano azote le castiga;
pero es mas alevoso, mas se siente,
señor, el golpe de la mano amiga.
No es afrenta ceder cuando se agota
de la mezquina humanidad el brio;
mas sucumbir vencido sin derrota
y el látigo besar que nos azota...
nunca! eso excede al sufrimiento mio!

MIGUEL. No su dura altivez, no sus desmanes
irritan nuestra cólera: es la gloria
y el valor de esos fieros catalanes
que al turco arrebataron su victoria.
Y qué hicimos los dos? en esa tierra
que escogieron los cielos irritados
para campo y despojo de esta guerra,
cuántas veces probamos la fortuna
que ante la cruz de Cristo se eclipsara
el resplandor de la menguante luna?
Miserable pasion, pero terrible
es la envidia, Gregorio! y si inflexible
dentro del corazon se arraiga y crece
con nuestra propia mengua alimentada,

punzante flecha en el rigor parece
del hondo pecho en la mitad clavada.

GIRCON. En buen hora, señor! envidia sea
ó justa indignacion, al fuego oculto
dejad que prenda, y que la Grecia os vea
satisfaccion tomar de tanto insulto.

MIGUEL. Algun dia, tal vez...

GIRCON. El pueblo os ama
y en la sed de venganza tambien arde.

MIGUEL. Mas de esa suerte mancillar mi fama!...

GIRCON. Con mas alto clamor el riesgo os llama,
y ay, que á atajar el mal no llegueis tarde!

MIGUEL. Qué temes?

GIRCON. Aún Roger las afecciones
de sus antiguos dueños se concilia,
llevando con descaro en sus pendones
las armas de Aragon y de Sicilia [1].
Por qué? porque en su orgullo ha imaginado,
creyendo que es mayor nuestra flaqueza,
veros de la corona despojado
para adornar de Jaime la cabeza.

MIGUEL. No lo puedo creer.

GIRCON. Y esa corona
aun no es vuestra, señor; que si ha querido
Andrónico ensalzar vuestra persona;
si ya con vos el trono ha compartido,
aun él es en sus reinos el primero,
y aceptando ese honor, ha contraido
árduas obligaciones su heredero.
(Se oye un clarin.)

MIGUEL. Silencio!

GIRCON. Es el clarin que nos avisa
la marcha de Roger, y ya su gente
atravesando el Arde se divisa.

MIGUEL. Aquí su campo asentará: no quiero
dar ocasion á celos y rencores.

GIRCON. Se hará como decis.

MIGUEL. Así lo espero.

GIRCON. Qué otra cosa mandais?

MIGUEL. Qué? tus alanos
en la ciudad se alojarán, y cuenta
si á su ciego rencor no atas las manos,

y el muro de mi alcázar se ensangrienta.
GIRCON. Yo sabré refrenarlos.
MIGUEL. Ni un instante
tardes.

ESCENA VIII.

MIGUEL y su comitiva: luego ROGER, BERENGUER y caballeros catalanes y aragoneses.

MIGUEL. Oh, corazon! guarda en tu centro
la saña, y que tu cárcel no quebrante
revelándose al lívido semblante
el oculto volcan que hierve dentro.
(En este momento se presenta en la escena Roger armado á la ligera y seguido de los personajes arriba indicados.)
Roger? (Adelantándose hácia él.)
ROGER. Cómo! sois vos!
MIGUEL. Tanto merece
quien de mi padre y mi señor honrado,
hoy añade á sus timbres de soldado
el cesáreo blason que le engrandece.
—Pero qué significa esta venida
sin avisarme?
ROGER. Estando tan cercano
no os he debido dar mi despedida?
Muy pronto es mi partida
contra el fiero enemigo del cristiano.
Sorprenderos pensaba.
MIGUEL. Ya lo veo.
ROGER. Pero vos, como siempre bondadoso,
habeis anticipado mi deseo
interrumpiendo así vuestro reposo.
MIGUEL. Eso merecen ínclitos varones
como vos.
ROGER. Al honrarme de esta suerte,
cadena de inflexibles eslabones
poneis á mi lealtad.
MIGUEL. Lo sé, Rogerio,
y sé tambien que vuestro brazo fuerte
columna es hoy de mi abatido imperio.

ROGER. Ensalzais mi humildad.
MIGUEL. Nada podria
recompensar valor tan esforzado,
si, dueño venturoso de Maria,
hoy no os uniera con la sangre mia
del parentesco el vínculo sagrado.
Vuestra esposa?...
ROGER. Á la córte en este instante
se encamina, señor, con mis galeras.
MIGUEL. No quereis reposar? que es la jornada,
y mas de noche, larga y escabrosa.
ROGER. No por mí; mas mi gente fatigada
viene, y de algun descanso deseosa.
MIGUEL. Perdonadme, Roger, si otro mas digno
hospedaje....
(Señalando á las tiendas de campaña.)
ROGER. Pues qué... (Con extrañeza.)
MIGUEL. Vuestros soldados
aqui estarán, Roger, aposentados;
aunque será por poco.
ROGER. No quisiera
que ese favor que la otorgais, benigno,
en desaire mi gente convirtiera.
—No permitirla en la ciudad la entrada!
MIGUEL. Quiero evitar desórdenes, Rogerio,
y está por mis alanos ocupada:
no hay otra causa aquí ni otro misterio.
(Movimiento de impaciencia y murmullos de indignacion entre los caballeros.)
BERENG. Pues, vive el cielo! la razon extraño!
ROGER. Qué decis, Berenguer?
BERENG. Y de ese modo,
mas que atajar de la ciudad el daño,
dais ocasion á que se pierda todo.
MIGUEL. Y es un vasallo quien así responde
á su señor?
BERENG. El que de fiel blasona
nunca á los reyes la verdad esconde.
MIGUEL. Es caballero? (Á Roger.)
ROGER. Y su lealtad le abona.
Berenguer de Roudor, ahora llegado
de Cataluña á vuestro imperio, viene

á ofreceros su espada: es buen soldado.

MIGUEL. Bien con su patria su altivez conviene.
—Es catalan?

ROGER. En los allá nacidos
se hermanan la franqueza y el aliento.

BERENG. Somos en el honor poco sufridos,
y una vez ofendidos
no callamos verdad ni sentimiento.
Y postergarnos á tan vil canalla...

MIGUEL. Entre vasallos, Berenguer, no hay fueros.

BERENG. Deben ser en el premio los primeros
los que primeros son en la batalla.
Si no pusieran en tan cruda guerra
el catalan y aragonés las manos,
en cuanto espacio vuestro imperio encierra,
no hallaran, vive Dios! bastante tierra
donde fijar el pie, vuestros alanos.

ROGER. Basta!

MIGUEL. Es mi voluntad, y nadie intente
hacer á mi mandatos resistencia.

ROGER. Id, Berenguer, y repartid la gente:
nuestro deber primero es la obediencia.
(Berenguer se dirige al fondo y figura dar órdenes á algunos soldados, los cuales se van en diferentes direcciones. Alejo sale por el fondo, izquierda, se dirige adonde está Berenguer y le habla.)

ESCENA IX.

DICHOS y ALEJO.

MIGUEL. Descansad un momento, y á mi lado
luego entrareis en la ciudad, que quiero
manifestar al pueblo alborozado
lo que estimo el valor de tal soldado;
lo que en mi amor á todos le prefiero.

ROGER. Solo yo? no es posible.

MIGUEL. Cómo?

ROGER. Y lo siento á fé! Dios me es testigo.

MIGUEL. Sois altivo, Roger!

ROGER. Vos inflexible.

MIGUEL. Puesto que convenceros no consigo,

os dejo aquí, pero con pena mia.

ROGER. Adios que os guarde.

MIGUEL. (Si de mí recela?)

ALEJO. (Guarda del tigre la caricia impia!)

ROGER. Plaza al emperador!

BERENG. (Estaré en vela.)

(Roger acompaña al emperador hasta que sale de la escena: luego vuelve á bajar al proscenio.)

ESCENA X.

DICHOS, menos MIGUEL.

ROGER. Qué tienes? (Á Berenguer, que está pensativo.)

BERENG. La obligacion
es á veces harto dura.

ROGER. Qué hay?

BERENG. Que la gente murmura
y murmura con razon.
Y si la mandan partir
sin paga...

ROGER. Ya la ha ofrecido
Andrónico.

BERENG. Convenido;
pero ofrecer no es cumplir.

ROGER. Pésame que á su codicia
escuchen.

BERENG. Yo no os arguyo:
mas lo que piden es suyo.

ROGER. Ni yo niego su justicia.

BERENG. Si todos fueran como él!
(Señalando á Alejo.)

ROGER. Quién? ah!

BERENG. No le tienta el oro.
Ese mozo es un tesoro:
sufrido, valiente, fiel...

ROGER. Si.

BERENG. Y aunque tanto merece,
nada pide: cosa rara!

ROGER. Es verdad.

BERENG. Y yo jurara
que es mas de lo que parece.

ROGER. Lo crees tú?
BERENG. Si lo creo?
y esta idea me domina
desde que le ví en Mesina.
ALEJO. Señor: hablaros deseo. (Acercándose.)
ROGER. Es cosa urgente?
ALEJO. Señor,
sí lo es: para luego es tarde.
ROGER. Dí, pues.
ALEJO. (Corazon cobarde!...)
ROGER. Habla.
ALEJO. (Tengamos valor.)
Quiero partir de esta tierra.
ROGER. Partir dices? yo no puedo
consentirlo.
BERENG. Tienes miedo?
ALEJO. Si: tengo miedo á esta guerra.
(Con intencion.)
BERENG. Imposible.
ALEJO. Y si es verdad?
ROGER. Mal á su deber escucha
el soldado que á la lucha
vuelve el rostro.
ALEJO. Perdonad;
no es el temor á la muerte
el que me arrastra á ese extremo;
no, señor! es el supremo
poder de mi injusta suerte.
BERENG. Luego en esa decision
ocultas algun misterio.
ALEJO. Cierto; y es tanto su imperio
que avasalla á mi razon.
ROGER. Pues bien; yo no puedo dar
ejemplo tan pernicioso:
mientras que no haya reposo,
mientras haya que luchar,
aquí y en cualquiera parte
donde nos llame el deber,
todos debemos correr
detras de nuestro estandarte.
ALEJO. Perdonad: no se hable mas
de este asunto. (Ay suerte mia!)

BERENG. Alejo, no lo creeria
de tu condicion, jamás!
ALEJO. Adios, señor. (Váse por la derecha.)

ESCENA XI.

ROGER, BERENGUER, luego MARIA por el fondo, á la derecha.

BERENG. Esto es nuevo!
de mi admiracion no salgo.
Cuando digo yo que hay algo
de extraño en este mancebo!
(Aparece Maria en el fondo cubierta con un velo. Á mayor distancia se ve á Catalina y algunos escuderos.)
ROGER. Quién viene?
MARIA. Quien verte ansía
y tu voluntad expresa
atropella.
BERENG. La princesa!
ROGER. Déjanos. (Á Berenguer, que se retira.)

ESCENA XII.

ROGER, MARIA.

ROGER. Tú aqui, Maria?
Te estoy viendo y no lo creo.
MARIA. Roger!
ROGER. Tú, aqui?
MARIA. No te espante;
que recelosa y amante,
quién resiste á su deseo?
ROGER. Recelosa tú? de qué?
MARIA. Abrigan los corazones
mil necias supersticiones;
necias, señor! bien lo sé:
mas quién si perder sospecha
el bien que idolatra ausente
y el intenso dolor siente
de esta envenenada flecha;
quién, dime, conservaria

con tal recelo la calma,
y mas si lleva en el alma
todo el amor que esta mia?

ROGER. No he dudado yo jamás
de ese amor que es mi contento;
mas tú; con qué fundamento
del mio sospecharás?

MARIA. Yo? no! si posible fuera
que yo de tu fé dudara,
ó la vida me quitara
ó del pesar me muriera.

ROGER. Yo no alcanzo á comprenderte:
qué causa?...

MARIA. Un vago temor
es no mas: mira, señor,
que á traicion no te den muerte!
Tus enemigos...

ROGER. En paz
con todos vivo, Maria.

MARIA. Ocultan su alevosia
con engañoso disfraz.
Entre las varias naciones
que han ofrecido su espada
á esta nacion degradada,
donde ya no hay corazones,
hay una raza grosera,
de Europa negro borron,
que, no sé por qué razon,
mi primo Miguel tolera.
Contra esos hombres villanos
abrigo sospechas graves:
y estan aqui: ya lo sabes,
Roger! y son los alanos.
Desde que pusiste el pie
en Asia, inquietos parecen...
No sé por qué te aborrecen,
esposo.

ROGER. (Yo sé por qué.)
Maria! y de eso te admiras?

MARIA. Tu fama y tu nombre insultan,
y lo peor es que ocultan
ó ponen freno á sus iras.

De qué os servirá el valor
que noblemente batalla,
si al desnudaros la malla
os hiere puñal traidor?
Y qué vale la osadia
contra el temerario empeño
del que acecha vuestro sueño
y vuestro descanso espia?

ROGER. No imagines que me asombre
tu flaqueza: es natural;
mas lo que en tí no está mal
fuera vergüenza en un hombre.
Quieres que me afrente y huya
de un peligro imaginado?
quieres que manche el soldado
su fama, que ya es la tuya?

MARIA. Eso no; pero si aquí
peligras, como sospecho,
ha de hallar antes mi pecho
el hierro traidor, que á tí.

ROGER. Venga, pues! no me acobarda
ya su rigor enemigo.

MARIA. No? por qué?

ROGER. Porque conmigo
está el ángel de mi guarda.

MARIA. Angel?

ROGER. Lo eres para mí.

MARIA. Yo sí que decir pudiera
que le tengo.

ROGER. Lisonjera!

MARIA. No! no lo digo por tí.

ROGER. Hola!

MARIA. Te parece mal?

ROGER. Si es del cielo...

MARIA. Desvario!

ROGER. Qué dices?

MARIA. Que el ángel mio
es ángel muy terrenal.

ROGER. Vas á asustarme! algun hombre
tal vez?

MARIA. Ya en celos te inflama.

ROGER. Tengo razon.—Y se llama?...

MARIA. No le pregunté su nombre.
ROGER. No entiendo...
MARIA. Si aqui los dos
nuestro amor entretenemos,
á su valor lo debemos.
ROGER. Es posible!
MARIA. Si, por Dios!
pudo el temor de tu suerte
costarme anoche la vida.
ROGER. Habla.
MARIA. Con saña atrevida
quisieron darme la muerte.
Sin defensa ya á sus manos
llegado mi fin juzgué.
ROGER. Y quién el infame fué?...
MARIA. Presumo que eran alanos.
Esgrimiendo los aceros,
en la oscuridad cercaron
mi litera, y ahuyentaron
á mis pajes y escuderos.
ROGER. Cobardes!
MARIA. Vas á enojarte?
qué hiciera su resistencia?
ROGER. Debieron dar la existencia
primero que abandonarte.
—Sigue.
MARIA. Á pesar de mi afan
sacábanme de camino,
cuando en mi socorro vino
un bizarro catalan.
ROGER. Algun caballero?
MARIA. No.
ROGER. Adalid?
MARIA. Simple soldado.
ROGER. Y le habrás recompensado.
MARIA. Lo quise; mas se enojó.
ROGER. Son como valientes, rudos.
MARIA. Á su accion agradecida
pagarle quise una herida
con un puñado de escudos.
—Fué mal hecho: no lo ignoro.
ROGER. Cuando no se satisfaga,

tendrá razon: no se paga
tan grande favor con oro.
Yo haré que le busquen.

MARIA. Si.

ROGER. Y como al mas ganancioso,
deja el cuidado á tu esposo
de pagar deudas por tí.
Yo á pagar esta me obligo. (Levantándose.)
—Vuelve á la ciudad.

MARIA. No puedo.

ROGER. Pues qué proyectas?

MARIA. Me quedo:
me quedo, señor, contigo.

ROGER. Tú en un palacio nacida
y á la córte acostumbrada?...

MARIA. Y qué! no soy aqui amada?

ROGER. Eso sí! con alma y vida.

MARIA. Tanto como tú?

ROGER. Quizás:
tú eres todo mi embeleso.

MARIA. Pues bien; quiéreme, y con eso
no temas que pida mas.
—Qué me falta?

ROGER. La sombria
grandeza de tu palacio.

MARIA. Aqui tengo mas espacio.

ROGER. Y tus doncellas, Maria?
Y quién de tí cuidará?
quién de tu gala, amor mio?

MARIA. De hermosura y de atavio
mi afecto me servirá.
—La que aceptó por compaña
soldado que tanto vale,
no tiene alcázar que iguale
á tu tienda de campaña;
y la que supo seguir
enamorada, tus huellas,
no necesita doncellas
que la sirvan el vestir.
Más que el boato imperial
estimo yo tu decoro
y el estrépito sonoro

de la alborada marcial.
Mejor que ceñir coronas,
de tu admiracion, avara,
las fábulas realizara
de las fuertes amazonas.

ROGER. Permíteme que lo extrañe.
—Osaras tú en la pelea...

MARIA. No diré tanto, no sea
que me engañe y que te engañe.
Tímida soy; pero en fin...
me ha dado miedo hasta ahora
la guerra, y ya me enamora
la ardiente voz del clarin.
Será que como es mi esposo
guerrero que el mundo admira,
acaso el amor me inspira
su espíritu valeroso:
será que en altos reclamos
tu ejemplo me da consejos.
—Nosotras somos reflejos
del hombre á quien adoramos.

ESCENA XIII.

DICHOS y BERENGUER con un pergamino.

MARIA. Quién es?...

ROGER. Mi amigo mas fiel.

BERENG. Un mensajero ha venido
buscándoos, y esto ha traido
del emperador Miguel.

ROGER. Á los hidalgos dá entrada
(Despues de leer rápidamente.)
en la ciudad.

BERENG. (Al fin cede.)

ROGER. Y mas tarde, cuando quede
de alanos desocupada,
mañana tal vez, serán
en su interior alojados
adalides y soldados.

BERENG. (No sé si se alegrarán.)
Tambien, como vuestro porte (Á Maria.)
pide, y elevada esfera,

os envia una litera
con séquito de la córte.

ROGER. Anunciadlo al campamento
y que cada cual se apronte
á seguirnos.—Tú disponte
para partir al momento.
(Váse Maria. Berenguer se dirige al campamento.)

ESCENA XIV.

ROGER, y un instante despues ALEJO.

ROGER. Dios quiera que me reporte
de Gircon en la presencia.

ALEJO. Señor! es cierto? hay licencia
y entramos hoy en la córte?

ROGER. Los hidalgos nada mas.

ALEJO. Y á mí la excepcion no alcanza?

ROGER. Tú eres mi paje de lanza:
desde hoy á mi lado estás.

ALEJO. Gracias, señor! (Váse Roger.)

ESCENA XV.

ALEJO, luego IRENE.

ALEJO. Qué aprehension
quimérica es esta mia?
si á ver vamos á Maria,
de qué tiemblas, corazon?

IRENE. Aun la recuerdas?

ALEJO. Tú eres,
hermana mia?

IRENE. Por qué
tanto has tardado?

ALEJO. Lo sé
yo mismo?—Dime...

IRENE. Qué quieres?

ALEJO. Escucha!—Temblando estoy!
decirlo quiero y no puedo.

IRENE. Qué te altera?

ALEJO. Tengo miedo

de lo que á decirte voy.
—Vive?

IRENE. Vive.

ALEJO. Cielo santo!
yo tu clemencia bendigo.
—Dime; y fiel para conmigo?...

IRENE. No puedo decirte tanto.

ALEJO. Explícate y mi tormento
no aumentes, hermana mia!

IRENE. Solo sé que llegó un dia
en que abandonó el convento.
Entonces perdí su huella.

ALEJO. Y has vuelto á hallarla?

IRENE. No ha mucho.

ALEJO. Habla: no ves que te escucho?

IRENE. Segura estoy de que es ella.

ALEJO. Está aquí?

IRENE. Si.

ALEJO. Tan donosa
como en la risueña edad
de la infancia; no es verdad?

IRENE. No, Alejo.

ALEJO. No!

IRENE. Aun mas hermosa.

ALEJO. Y qué sabes?...

IRENE. Nada sé,
Alejo; pero en seis años
caben tantos desengaños!

ALEJO. Oh! no!

IRENE. Me encanta esa fé!

ALEJO. Yo en su inocencia confio.

IRENE. Y por qué no has de dudar?

ALEJO. Y por qué no he de juzgar
su corazon por el mio?
Si del tiempo y la distancia
triunfó mi amante porfia,
no puede abrigar Maria
la misma noble constancia?

IRENE. Vive en esa fé.

ALEJO. Me aterra
tu calma! Dí...

IRENE. Pobre hermano!

ALEJO. Di; qué misterioso arcano
en tus palabras se encierra?
IRENE. Has dado en terrible empeño!
ALEJO. Oh! si tú como yo amaras!...
IRENE. Yo amar!
ALEJO. Si á tu bien miraras
en poder de ajeno dueño!
IRENE. Nunca he llorado esas penas.
ALEJO. Dichosa tú, Irene mia!
IRENE. Y á sentirlas, romperia
con mi vida mis cadenas,
ó asiéndome á mi esperanza
con vigorosa intension,
sublimara mi pasion
en alas de mi venganza.
ALEJO. Un desden se ha de vengar?
IRENE. Quien sufre y calla, no siente
su agravio: dile que miente
si dice que sabe amar.
ALEJO. No sé, Irene, lo que haria
en tal caso: no lo sé;
mas dónde se halla... qué haré
para encontrar á Maria?
IRENE. Alégrate: ese deseo
no te pide mucho espacio.
Búscala...
ALEJO. Dónde?
IRENE. En palacio.
ALEJO. Luego es noble.
IRENE. Así lo creo.
ALEJO. Sin duda...
IRENE. Y cuando eso arguya
en ella cuna y riqueza;
qué importa si es tu nobleza
tan limpia como la suya?
ALEJO. Gracias! gracias!
IRENE. El color
vas perdiendo.
ALEJO. No es extraño:
á un tiempo me has hecho daño
con un placer y un dolor.
IRENE. Tiemblas?

ALEJO. De pensar que presto
voy á verla.

IRENE. Estás herido!

ALEJO. Calla! (Desmayándose.)

IRENE. Se ha desvanecido!

(Arrodillándose junto á él y desabrochándole el pecho.)

respira... pero qué es esto?
un lienzo... rico! ademas
tiene un blason estampado...
—No sueño? se han encontrado!
fortuna! no pidas mas!
Oh! que hay momentos supremos
de irresistible alegria!

(En este momento cruza el teatro dirigiéndose al fondo la litera cerrada en que se figura que va Maria, seguida de caballeros y cortesanos. Irene se incorpora exclamando.)

—Adios, princesa Maria!
te juro que nos veremos!

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Salon del palacio imperial en Andrinópolis. Puertas á la izquierda y al fondo. Ventana á la derecha.

ESCENA PRIMERA.

ALEJO en la escena: BERENGUER, que viene por el fondo.

BERENG. Y el César?
ALEJO. Al aposento
del emperador pasó
ya ha tiempo...
BERENG. Y no ha vuelto?
ALEJO. No:
esperadle aqui un momento.
BERENG. Y un año le esperaria.
ALEJO. Pues?...
BERENG. Ha venido un soldado
del campo.
ALEJO. Y qué?
BERENG. Le ha enviado
aqui la almogavaría.
ALEJO. Y qué quiere? aunque sospecho...
BERENG. La gente no está contenta,
y siente con esta afrenta
hervir la sangre en el pecho.

ESCENA II.

DICHOS y ROGER. Los capitanes aragoneses y catalanes empiezan á aparecer en la puerta del fondo, y llenan poco á poco la escena.

ROGER. Qué es eso?
BERENG. Que los apuros
crecen: furiosa la gente
porque no se la consiente
atravesar estos muros,
soporta mal su desaire.
ROGER. Se atreverán por ventura?...
BERENG. Está la atmósfera oscura
y huele á tormenta el aire.
ROGER. Vive Dios, si algun osado...
BERENG. Malo es que tengan razon.
—Ha de ser todo opresion
para el mísero soldado?
ROGER. Tienen razon?
BERENG. Cosa clara.
—Aqui os envian un hombre
para hablaros en su nombre.
ROGER. Quién es?
BERENG. Perich * de Naclara.
ROGER. Á mí no me asustan fieros;
pero antes de recibir
el mensaje, quiero oir
vuestra opinion, caballeros.
BERENG. Ateneos á mis informes
en lo que toca á ese asunto.
ROGER. Por qué?
BERENG. Porque en este punto
estamos todos conformes.
ROGER. Hay algun noble agraviado
entre los presentes?
BERENG. No.
ROGER. En ese caso...
BERENG. Es que yo

---

* Léase Peric.

me quejo por el soldado.
Él es aqui el brazo fuerte,
—no me quiteis que le alabe!
—y ninguno mejor sabe
dar y recibir la muerte.
Á pie, con males prolijos,
hambriento y de cualquier modo,
sabe lidiar.—Sobre todo,
mis soldados son mis hijos.

ROGER. Tambien los mios.

BERENG. Y rabio
cuando alguno los insulta.
—César! á nadie se oculta
y á todos toca el agravio.
Si! tras de pagar su fiel
conducta, con mano avara,
les ha azotado la cara
el emperador Miguel.

ROGER. Pues yo presumo, y quizás
mas que nadie el hecho siento,
que no ha tenido ese intento:
que hay un error y no mas.

BERENG. Mas si persiste en su error...

ROGER. Qué haremos?

BERENG. La cosa es llana:
arrojar por la ventana
palacio y emperador.

ROGER. Berenguer!

BERENG. Á tanto ultraje
que ni al soldado se esconde,
yo sé cómo se responde;
rompiéndole el homenage.

ROGER. Y qué mas?

BERENG. Con vuestra vénia,
os diré lo que yo haria:
conquistar la Romania
y la Natolia y la Armenia,
y agitando de Aragon
el generoso estandarte,
volver la vista á otra parte
que ya os dice el corazon.

ROGER. Calla, Berenguer! desbarras.

BERENG. Á esa region española
donde don Jaime tremola
las cinco sangrientas barras.
Y ese! y ese es nuestro rey
natural, bravo, clemente,
bizarro, y sobre valiente,
honrado que guarda ley!
—Yo le diria: «Aqui estamos!
toda esta tierra traidora
nos insultó; pero ahora
somos nosotros los amos.
Si tierras ganais ahí,
nosotros, sin darnos treguas,
conquistamos ya mas leguas
que españoles hay aquí.
El pie de nuestros caballos
remachó su cautiverio:
ahí os damos un imperio
con millones de vasallos.
(Muestras de aprobacion en los capitanes.)
ROGER. Has acabado?
BERENG. Conmigo
no jugara.
ROGER. Eres mancebo.
BERENG. Lo mejor es que me atrevo
á hacerlo como lo digo.
ROGER. No tengo que preguntar
vuestra opinion, pues ya veo
que halaga vuestro deseo
proyecto tan singular:
y á haber causa, no quedara
en ilusiones por mí.
—Entre ese soldado.
BERENG. Aqui
le teneis ya.

ESCENA III.

DICHOS y PERICH DE NACLARA.

ROGER. Di, Naclara.
NACL. Pues... hablando con respeto,
os advierto que la gente

ha dias que anda impaciente,
y murmura... y no en secreto.
Todos se llaman á engaño,
y ya con cierto descoco
dicen que el provecho es poco
aquí donde es mucho el daño.
Que esta guerra es tan cruel,
señor, tras de no ser breve,
que no hay hombre que no lleve
como reliquia la piel:
Mas de esto, como soldados
que son, nadie se lamenta:
todos se han hecho la cuenta
de morir acuchillados;
pero es terrrible pension
la de este negro ejercicio,
y bien merece el oficio
alguna compensasion.

ROGER. Y la gloria, dí?

NACL. La gloria
acompañará á los nombres
que han de quedar de los hombres
guardados en la memoria;
mas para un pobre cualquiera
que sangre y vida aventura
y tendrá por sepultura
lejana tierra extranjera;
que su patria desampara
por... no sé qué!—Me confundo!
Qué sabrá mañana el mundo
si hubo un Perich de Naclara?

ROGER. Qué pedis?

NACL. Necesidad
al par que orgullo, nos mueve:
dennos lo que se nos debe
y entremos en la ciudad.

ROGER. Sois impacientes y osados:
ya otra vez cuanto os debia
pagó Miguel.

NACL. Si, á fé mia!
con escudos cercenados [2].
Les falta de su valor

mas de un tercio: así nos dan
tan caro el mísero pan,
y el vino, que es lo peor.

ROGER. De mi afecto sois testigos.
Qué puedo hacer?

NACL. Yo diria
á Miguel el mejor dia:
«Dejamos de ser amigos.»

ROGER. Aunque os pagara?

NACL. Tambien:
y pues la puerta nos cierra
de la ciudad, haya guerra:
porque he oido no sé á quién,
pero soldado, decir
que en la escuela militar,
la muralla es para entrar,
la puerta para salir:
y pues Miguel se concierta
con esa infame canalla,
entremos por la muralla
y echémosle por la puerta.

ROGER. Y no sabes que la muerte
puede costarte el consejo?

NACL. Por eso en el campo dejo
tantos que envidian mi suerte.

ROGER. De condicion poco mansa
eres.

NACL. Tengo aborrecida
con estas cosas la vida:
pues! y el que muere, descansa.

BERENG. Ya lo veis. (Ap. á Roger.)

ROGER. Cómo has venido
aquí? por tu voluntad?

NACL. Si, señor; mas la verdad,
los otros me han elegido.

ROGER. Eso te valga.

NACL. Corriente. (Con indiferencia.)

ROGER. Pero otra vez, sin remedio,
te descuartizo. (No hay medio
de poder con esta gente.)

NACL. Qué respondo?...

ROGER. Les dirás

que enfrenen su orgullo loco.

NACL. No mas?

ROGER. No mas.

NACL. Es bien poco;
pero... puesto que no hay mas...
(Hace que se vá.)

ROGER. Y si esa audacia, de nuevo
á usar volvieren conmigo,
no quedará sin castigo.

NACL. Mala respuesta les llevo. (Váse.)

ESCENA IV.

DICHOS, menos NACLARA.

ROGER. Señores! con amargura
vuestra conducta contemplo.
Demos al soldado ejemplo
de abnegacion, de cordura.
Hablaremos á Miguel,
y vereis que os satisface
la queja.

BERENG. Y si no lo hace?

ROGER. Si no... rompemos con él.

BERENG. Bravo! y será lo mejor:
pero entre tanto...

ROGER. Entre tanto,
silencio!

BERENG. Si me atraganto
callando!

ROGER. El emperador!

ESCENA V.

DICHOS y el EMPERADOR MIGUEL.

ROGER. Vos aqui? (Adelantándose á recibirle.)

MIGUEL. Qué lo extrañas, si te cuento
entre los mios? el deber lo ordena.

ROGER. Vos, señor, visitando mi aposento!
á mi cuello poneis nueva cadena.

MIGUEL. Pero qué es lo que pasa, capitanes?
por qué el ceñudo rostro? qué os sucede?

ROGER. La vida militar todo es afanes.

MIGUEL. Puede saberse lo que fué?
ROGER. Sí puede.
Traidor seré si la verdad oculto.
De lo que hicisteis hoy, con amargura,
con bullicioso ardor, casi en tumulto
mi ejército murmura.
MIGUEL. Siempre vuestros soldados los autores
son en mi imperio de insolencias tales.
ROGER. Son fieles servidores
aunque altivos, señor.
MIGUEL. Son desleales.
BERENG. Tan buenos como yo! tal vez mejores.
MIGUEL. Buenos! dígalo el grito rencoroso
que sin cesar resuena
en mi imperio infeliz: ese impetuoso
rigor, que nada á contener alcanza;
esa soberbia, indómita pujanza
que vuestra propia autoridad no enfrena,
quereis que yo como virtud proclame?
que á ese ejército inquieto y turbulento
humille la cerviz? yo no me siento
capaz de sacrificio tan infame.
ROGER. Niño era aún, señor, de edad temprana,
cuando ceñido el cíngulo guerrero,
á la defensa de la fé cristiana
corrí anhelante y desnudé este acero.
Veinte años de fatigas
en que abatió mi brazo venturoso
por haces las banderas enemigas,
responden del soldado
que nunca vió su nombre generoso
con dudas ultrajado.
Decid, señor: y el hombre
que así el esmalte puro
conserva de su honor y de su nombre,
podrá mancharle aquí? no! yo os lo juro!
la pasion os engaña,
y yo nunca mi fama asociaria
á gentes sin honor.
BERENG. Eso, seguro!
Pardiez! y fuera novedad extraña
contra el mejor blason de sus mayores,

que aqui los hijos de la noble España
se echaran el borron de los traidores.

ROGER. Fadrique de Sicilia es buen testigo
de su lealtad, señor, cuando en Mesina,
en Génova y Provenza, con sus brazos
del francés enemigo
hicieron los ejércitos pedazos.
Él, noble rey! os contará en su abono
hazañas infinitas de esa gente,
fiera como decis, loca, insolente,
que á vuestro padre aseguró en su trono.

MIGUEL. * «El trono de mi padre? por ventura
»presume tanto vuestro orgullo loco?
»el trono de mi padre se asegura
»en la lealtad de Grecia y su bravura,
»y en este brazo que aun teneis en poco.

ROGER. »Bien dije yo, señor: por qué misterio
»del turco las banderas desplegadas
»pudieron una vez de vuestro imperio
»con su sombra cubrir treinta jornadas?
»es que os bastaba vuestra fuerza sola!
»treinta jornadas, si, toda la tierra
»del Asia, que hoy nuestro pendon tremola,
»y donde ayer con poderoso brio
»derramaba el infiel clamando guerra
»cristiana sangre en abundante rio.
»Constantinopla os contará su afrenta,
»que despues de cien ásperas batallas,
»vió de Amurat la hueste turbulenta
»con la espada sangrienta
»amenazar sus débiles murallas.
»Y, ay de vosotros, si la mar tendiendo
»de sus aguas el dique poderoso
»no encadenara el ímpetu furioso
»de los hijos de Agar! pronto venciendo
»el reducido espacio
»con el fragor del huracan que zumba,
»vuestro imperial palacio

---

* Todos los versos que van entrecomados en esta escena, se suprimen para la representacion.

»de la griega altivez hoy fuera tumba.»
MIGUEL. Eso es cierto, Roger, y yo confieso
que flacas nuestras manos
mal soportaban de la guerra el peso.
Vanamente al ardor de los alanos
y griegos acudí, que la memoria
de cien desastres abatió su brio:
vuestra ha sido la gloria,
el triunfo, vuestro, y el desdoro, mio!
Pero decid, si los que amigos fueron
á esta guerra llamados
y á nuestro lado á combatir vinieron,
con destructora saña
y mas que los infieles despiadados
nos hacen una afrenta á cada hazaña;
no es preferible nuestra antigua suerte
á la ignominia de que aqui nos venza
mas que el hierro enemigo la vergüenza?
es mejor la deshonra que la muerte?
ROGER. Doloroso ejercicio
el de las armas es; y todo gime,
todo tiembla en la tierra,
donde la impia guerra
su dura planta imprime.
No hay mal que en pos no lleve,
ni crímen, ni dolor, ni sacrificio;
mas quién su furia á contener se atreve?
Leyes dictad al huracan furioso
cuando sus iras con fragor desata,
y enfrenad el impulso vigoroso
del turbulento mar: solo la mano
del Hacedor, ante quien todo cede
y el ímpetu les presta, sobrehumano,
á sus preceptos sujetarlos puede.
MIGUEL. Pues bien: yo os juro aquí por mi corona
que he de ver para ejemplo de otros reyes,
si á ese mar que de indómito blasona,
si á ese huracan que destruccion pregona
puedo yo como Dios imponer leyes.
ROGER. Su imágen en la tierra
sois.
MIGUEL. Mas dudais de mi poder.

ROGER. No dudo:
temo, sí, que encendais con nueva guerra
todo el furor del huracan sañudo.
De tanta hazaña en pago,
qué habeis dado á ese ejército valiente?
desprecio y nada mas: el ceño adusto
que se retrata siempre en vuestra frente,
para nosotros es perpétuo amago.
Creedme, señor; sed justo
y acabará el estrago.

MIGUEL. Qué quieren, pues, de mí?

BERENG. Qué quieren? todo
lo que ofrecido fué.

MIGUEL. Falté yo en nada?

BERENG. Tres meses há, y con esto ya se alteran,
mis pobres almogávares esperan
su mezquina soldada.

ROGER. No les tienta del oro la codicia.

BERENG. Pero el pan se les niega, y altanero,
vuestro pueblo, no sé si con justicia,
se niega á recibir vuestro dinero.

MIGUEL. Es posible?

BERENG. Los griegos obstinados
y los aragoneses testarudos!...
—Ó han de morirse de hambre mis soldados
ó hay que cambiar á palos los escudos.
Aquí siempre es cuaresma, y os advierto
que sin comer no hay hombre: esto es cor
valientes son mis españoles, cierto; [riente:
pero el hambre, señor, es mas valiente.

MIGUEL. No quiero que de ingrato
se me acuse jamás, ni de que pude
dar ocasion á tanto desacato;
y porque nadie dude
que oir la voz de la razon deseo,
aunque por ello falte á mi decoro,
he de apurar hoy mismo mi tesoro
y quedarán pagados.

BERENG. (No te creo.)

ROGER. Fuerza será si os duele su pobreza
y atar quereis las rigorosas manos
á su ardiente valor.

BERENG. Pero aun no basta
si con su ley vuestro desden contrasta:
si con público alarde, en mengua nuestra,
del amor que os merecen los alanos
haceis, señor, tan repetida muestra.
MIGUEL. Vasallos todos son.
BERENG. Pero no hermanos.
MIGUEL. Y si os prometo que entrarán mañana
en la ciudad?
ROGER. Les ganareis con eso:
mostradles vuestra gracia soberana.
MIGUEL. Mas si se atreven al menor exceso...
ROGER. No osarán.
MIGUEL. De ese modo,
yo aseguro que puede vuestra gente
de mí esperar cuanto le plazca: todo
menos mi humillacion.
BERENG. Eso es corriente.
MIGUEL. Hoy os daré mis órdenes. (Retirándose.)
ROGER. Y espero
que no os ha de pesar: en la promesa
del soldado fiad: del caballero.
MIGUEL. Lo sé, Roger: adios, y en vos confio.
(Dirigiéndose á la puerta del fondo. Roger le acompaña.)
ROGER. Adios, señor.
(Se vá el Emperador: los caballeros se retiran un momento despues.)
BERENG. (Á Alejo.) Por Cristo, que me pesa,
que haya acabado así: yo no me fio.

ESCENA VI.

ROGER, BERENGUER y ALEJO: este á la puerta del fondo.

ROGER. No, Berenguer: tambien yo
de su lealtad sospeché;
pero estoy desengañado.
BERENG. Quiera Dios que lo acerteis.
ROGER. No lo dudes; cómo puede
tanta bajeza caber
en el corazon de un hombre?

BERENG. En ese punto, os diré.
Vos, señor, como criado
desde la inquieta niñez
de los mares procelosos
en el continuo vaiven,
no habeis tenido ocasion
de estudiar, de conocer
á este animal que llamamos
racional... no sé por qué.
Ni el ave que el aire cruza,
ni de las aguas el pez,
ni la fiera de los bosques
le igualan en lo cruel:
y si es cobarde, peor,
que entonces son de temer
las armas de su perfidia,
que hieren y no se ven.

ROGER. Es decir que tú presumes
que el emperador Miguel...

BERENG. Es cobarde.

ROGER. Y por lo tanto...

BERENG. Temible: todo es doblez.

ROGER. Pues yo, imposible es que pueda
tanta infamia comprender:
déjame que las ignore
aunque mil muertes me den.

BERENG. Malhaya la confianza
que á pícaros guarda ley,
y busca seguridades
donde no hay honra ni fé.
Y sufrir tanto desaire!

ROGER. Vuelta á la tema otra vez!

BERENG. Cuando hay motivo...

ROGER. Te engañas.

BERENG. Que muerte un traidor me dé...
—Donde estan mis catalanes
y aragoneses, pardiez!
ningun soldado del mundo
delante me han de poner!
y esto que digo, señor,
aquí lo sustentaré
contra estos griegos y alanos

con un hombre para diez.
ROGER. Y si hay quien dudarlo pueda
un instante, Berenguer,
mi espada y mi sangre toda
en su probanza pondré;
pero el mundo, que asombrado
de su heróica intrepidez,
los vió en Asia y en Europa
conquistar tanto laurel,
ese será de sus hechos
mas admirador que juez.
Italia, que de valientes
noble madre tambien es,
bajo su cielo amoroso,
como sabes, me dió el ser;
y sin embargo, á tu España
tan grande aficion cobré,
que por madre la escogiera
si se escogiera el nacer.
BERENG. Pues por eso os he elegido
por mi jefe, voto á quien!...
ROGER. Ese es mi mayor orgullo;
dónde no podrá vencer
quien manda tales soldados?
BERENG. Cada cual es un Luzbel.
ROGER. Solo en ellos me disgusta...
BERENG. Cómo! decis?...
ROGER. Que no es bien
permitir que con excesos
lleguen su fama á perder.
La Armenia y Tracia asoladas
se lamentan...
BERENG. Bien! y qué?
Vos lo habeis dicho; la guerra!...
y el soldado ha menester
cierta libertad: pues digo!
son frailes de la Merced?
No estan vertiendo su sangre
con noble desinterés
por una nacion extraña,
esclava del turco ayer?
Lo que á fuerza de lanzadas

arrancamos al infiel,
es nuestro, y pague la pena
el que tal no supo hacer.

ROGER. Eso no! los que buscaron
en nuestro valor y fé
remedio á sus desventuras,
y como á hermanos nos ven,
en su noble confianza
nos dieron la mayor prez
que estimar debe el soldado;
la recompensa es despues.

BERENG. Decis las cosas de un modo...

ROGER. Marcha al punto á disponer
que en marciales ejercicios
el campo ocupado esté.
Suele ser el ocio, causa
de esos males.

BERENG. Voy á hacer
lo que me mandais.

ROGER. En breve
á vuestro lado estaré. (Váse por el fondo.)

ESCENA VII.

BERENGUER, ALEJO.

BERENG. Tú, que á los griegos conoces;
qué opinas?

ALEJO. Que decis bien.

BERENG. Me alegro de que así pienses.

ALEJO. Velad...

BERENG. No me dormiré. (Váse.)

ESCENA VIII.

ALEJO, luego MARIA por la izquierda.

ALEJO. Sabes tú si el peligro me acobarda?
Yo solo temo y con angustia lloro
mi horrible duda, y la ocasion que tarda
en llevarme á los pies de la que adoro.
—Será mi afan inútil? de mi empeño;

qué puedo prometerme? dónde, dónde
la que es de mi alma y de mi vida dueño,
fortuna siempre infiel, ahora se esconde?

MARIA. Quién aqui?

ALEJO. Si el olvido ó la incostancia
rompió estos lazos? ay! si esta hechicera
dulce memoria de mi loca infancia,
término acaso de mis dichas fuera!

MARIA. Ese rostro!... imposible!
(Acercándose á Alejo en ademan de reconocerle.)

ALEJO. (Viéndola.) Es sueño mio?
es ilusion que engendra mi deseo?

MARIA. Alejo!

ALEJO. No, mi Dios! no desvario!
Posible es que te hallé? que al fin te veo?

MARIA. (Desdicha mia!)

ALEJO. Mas por qué de enojos
en vez de amor se cubre tu semblante?
por qué no vuelves hácia mí tus ojos?
soy yo! tu esclavo! tu dichoso amante.

MARIA. ¡Callad! (Ocultando el rostro.)

ALEJO. (Con alegria.) Es el rubor que á la mejilla
con vivas tintas de carmin colora!
no me ha olvidado, no! pura y sencilla
la prometida fé guardó hasta ahora!
—No es verdad? no es verdad? oh, qué fiel eres!
qué buena y qué leal! y hay quien nos jura
que no es firme el amor en las mujeres!

MARIA. Silencio por piedad!

ALEJO. Hay tal ventura?

MARIA. Insensato!

ALEJO. Por qué?

MARIA. Cuánto me pesa
de lastimar su corazon!

ALEJO. Dios santo!
Olvidada tal vez de tu promesa?...

MARIA. El tiempo y mi deber pudieron tanto.

ALEJO. No lo acierto á creer!

MARIA. Á pesar vuestro
os debo la verdad: se rompió el nudo
sencillo lazo del cariño nuestro.

ALEJO. Te estoy oyendo, y sin embargo, dudo.

—Infiel!... eres infiel!

MARIA. Dadme ese nombre:
yo os lo perdonaré si eso os agrada.

ALEJO. Mas solo eres cruel, y ningun hombre...

MARIA. Os engañais, Alejo: estoy casada. (Pausa.)

ALEJO. Y yo que la adoré como se adora
en la primera edad, con fé tan pura,
por qué insensato imaginé en mal hora
que era igual su candor á su hermosura!
Y quién no lo dijera? quién pensara
que lo que amor creyó fuesen engaños,
y que tan tierno corazon guardara
tantas perfidias en tan pocos años?

MARIA. Injusto sois! (Con dulzura.)

ALEJO. Pues si verdad dijiste,
dame una excusa: si tu amor fué cierto;
cómo torcer tu inclinacion pudiste?
infiel acaso me juzgaste ó muerto?

MARIA. No.

ALEJO. Te vendieron y el rigor padeces
del que es tu dueño?

MARIA. No.

ALEJO. Qué es lo que escucho?
Dime por compasion que le aborreces.

MARIA. Engañaros! jamás! le quiero... y mucho!

ALEJO. Maldito el dia en que te ví! maldito
aquel en que á la vida me arrojaron
con estrella tan pérfida, y el grito
que me arrancó el nacer, en mí no ahogaron!

MARIA. Qué, no hay, Alejo, á vuestro mal remedio?
el tiempo...

ALEJO. Qué decis?

MARIA. Todo lo muda.

ALEJO. Oh! si entre muerte y vida hay algun medio,
teneis razon; lo encontraré sin duda.

MARIA. En otro amor tal vez...

ALEJO. Antes la muerte.

MARIA. Todo ha de ser, á consolarle, en vano?

ALEJO. Imposible! imposible!

MARIA. De otra suerte
aun me podeis amar: como un hermano.

ALEJO. Oh! santo amor! pero tambien, Maria,

de ese cariño el desencanto lloro:
la que hermana llamé, profanó impia
de mis mayores el mejor tesoro.
Una vendió mi amor y otra mi nombre.
—Qué cariño, qué fé, qué confianza
merece una mujer? necio es el hombre
que en ellas pone afectos y esperanza!

MARIA. Escuchad: cuando niños nos amamos,
nunca en nuestro inocente desatino
los ocultos misterios indagamos
que pudiera encerrar nuestro destino.
Á vuestros ojos, yo, pobre villana
era no mas.

ALEJO. Y yo, mintiendo el traje,
con mengua de mi estirpe soberana,
te oculté el esplendor de mi linaje.
—Á qué, entonces, turbar nuestra ventura?

MARIA. Á qué daros entonces tal sorpresa?

ALEJO. Compite con el sol mi raza pura.

MARIA. Y yo soy... de los búlgaros princesa.

ALEJO. Señora! vos!

MARIA. Ya veis si era insensata
vuestra aficion.

ALEJO. Es cierto: un imposible
ha perseguido mi fortuna ingrata!
Tras de tanto esperar esto es posible!

MARIA. Basta.

ALEJO. Si; ya lo sé: la noble esposa
del valiente Rogerio, no es ya aquella
tierna y sencilla jóven que amorosa
mi cariño escuchó.

MARIA. No: ya no es ella.
—Y basta ya.

ALEJO. Vuestra eleccion, señora,
ennoblece mi amor: llamadme hermano
para que pueda serlo desde ahora
del que es dueño feliz de vuestra mano.

MARIA. Qué! tanto le quereis?

ALEJO. Me dió la vida!
héroe le admiro y le venero pio.

MARIA. Cómo os escucho, Alejo, agradecida!
—Amémosle los dos, hermano mio!

ALEJO. Gracias!
MARIA. Y si traidor alguno piensa
su sangre derramar...
ALEJO. Como un precepto
contemplaré morir en su defensa:
lo juro á vuestros pies. (Hincando una rodilla.)
MARIA. Y yo lo acepto.

ESCENA IX.

DICHOS é IRENE.

IRENE. Señora!
MARIA. Irene!
IRENE. (No fué
insensata presuncion.)
Perdonad mi indiscrecion.
MARIA. Indiscrecion! y por qué?
IRENE. Dígalo vuestra mejilla
y el rubor que en ella noto.
Solo de amante ó devoto
dobla el hombre la rodilla.
MARIA. Qué quereis decirme?
IRENE. Qué? (Con ironia.)
MARIA. Mi propia opinion me escuda.
IRENE. En que sois bella, no hay duda:
sois santa? yo no lo sé.
MARIA. Irene! (Con altivez.)
ALEJO. Cómo imprudente,
cómo á tan alta señora
te atreves?...
MARIA. Como es ahora
dueña de Grecia esta gente,
no extrañeis tales ultrajes
ni que insulte mi nobleza:
todo cabe en la rudeza
de esas comarcas salvajes
donde entre hielos prolijos
impropios de humanos seres,
viven pueblos mercaderes
de la sangre de sus hijos.
Gentes son que nuestra tierra

deshonran: plantas extrañas
que ha arrancado á sus montañas
la convulsion de la guerra.

IRENE. Yo os confieso que es verdad:
pobres somos; maltratados
del cielo, y no acostumbrados
al ocio y la vanidad.
Y aunque encierra multitud
de altos hechos nuestra historia,
no queremos otra gloria
que la que dá la virtud.
Idólatras del honor,
sin orgullosos alardes,
vendemos á los cobardes
nuestro indomable valor.

MARIA. Basta, Irene! si indolente
Miguel, que yo no lo hiciera,
los desafueros tolera
de vuestra raza insolente;
si ciego y débil inmola
su patria á esa tirania,
yo no soy desde este dia
griega, no! soy española.
Aqui la noble altivez
de mi nueva patria siento,
y desmanes no consiento:
sabedlo para otra vez. (Váse.)

ESCENA X.

IRENE, ALEJO.

IRENE. Airada vá!

ALEJO. Y con razon:
la has agraviado.

IRENE. Qué necio
orgullo! con qué desprecio,
con qué altiva presuncion
ha insultado á nuestra raza!

ALEJO. Oh! no! el enojo la ciega.

IRENE. Yo he de vengarme en la griega
de su insolente amenaza.

ALEJO. Tú? qué dices? no harás tal.
IRENE. No?
ALEJO. No! ó desde este momento
cambio en aborrecimiento
mi cariño fraternal.
IRENE. Cuánto la amas!
ALEJO. No lo digas!
IRENE. Verdad?
ALEJO. Si, y harto lo lloro:
amarla es poco, la adoro
ya que á decirlo me obligas.
Pero con tan negra suerte,
que si en mi pecho cupiera
una esperanza, supiera
ahogarla yo con mi muerte.
IRENE. Y amas!
ALEJO. Pese á tu ironia,
sí: mas tambien la venero.
IRENE. Pobre amante!
ALEJO. Más la quiero
inocente, que no mia.
—Déjame que en su pureza
crea.
IRENE. Tú la diste, aún niño,
todo el ardiente cariño
del hombre que á amar empieza.
ALEJO. Es cierto!
IRENE. Y ya en otros lazos
olvida el amor primero.
ALEJO. Sí: pero al hombre venero
que la recibió en sus brazos.
IRENE. Qué afecto es el tuyo, dí,
que ni aun con celos te inflama?
Ay, si ardieras en la llama,
que está abrasándome aquí!
ALEJO. Tú!...
IRENE. No dés á tus desvelos
de amor el impropio nombre:
tú, Alejo! tú que eres hombre,
no sabes... ni aun tener celos!

ESCENA XI.

DICHOS y GIRCON por el fondo.

ALEJO. Mi padre!
IRENE. Por qué has mudado
de color?
ALEJO. Irene, calla.
IRENE. Qué es eso, padre? cuál es
de esa indignacion la causa?
con quién teneis el enojo?
es conmigo?
GIRCON. Con quién hablas?
IRENE. Con mi hermano y vuestro hijo.
No le veis? es cosa extraña!
GIRCON. Mi hijo! yo no tengo ya
hijos: si miente su cara,
no miente mi corazon,
que enojado le rechaza.
ALEJO. Basta, padre mio!
GIRCON. Vete,
infeliz!
IRENE. Señor! ya basta!
ALEJO. No le ruegues: inflexible
como mi suerte inhumana,
ni mi razon le convence
ni mis súplicas le ablandan.
IRENE. Pero qué motiva, padre,
tal rigor? en qué os agravia
Alejo?
GIRCON. Nunca volviera
para deshonrar mis canas.
No lo ves? de nuestros padres
olvidando la ley santa,
sirve á enemigos pendones
y esgrime extranjeras armas.
ALEJO. El honor lo quiere.
GIRCON. Y dime;
si entre esa infame canalla,
óyeme y tiembla! estuviera
el que deshonró á tu hermana?

ALEJO. Qué decis, padre? Dios justo!
—Qué dudais? una palabra
pronunciad: su nombre!
GIRCON. (Cómo
esa indignacion me agrada!)
—Y si es grande?...
ALEJO. Qué me importa?
GIRCON. Y si es poderoso y manda?
ALEJO. Será inmortal? pues si puede
morir, con eso me basta.
IRENE. (Padre! qué haceis? arriesgar
su vida!...) (Ap. á Gircon.)
ALEJO. Por qué no acaba?
su nombre.
GIRCON. Y nos vengarás?
ALEJO. La duda sola me agravia.
GIRCON. Necesito oirlo.—Escucha;
y si yo te digo, «mata!»
matarás?
ALEJO. Pues qué he buscado
seis años con vivas ansias?
Quien tanto tiempo ha sufrido
de la fortuna contraria
los reveses, renunciando
hasta al calor de su casa;
quien sufrió desnudez, hambre,
con firme, con obstinada
resolucion, qué podia
buscar si no una venganza?
GIRCON. Asi te quiero.
ALEJO. Decid;
quién es ese hombre?
GIRCON. Mañana.
ALEJO. Es tarde.
GIRCON. No has aguardado
seis años?
ALEJO. Sin esperanza,
si; pero con ella, son
las horas mucho mas largas.
GIRCON. Ahora no es posible: sufre
entre tanto; sufre y calla.
ALEJO. Mas morirá?

GIRCON. Si no tiembla
tu mano.

ALEJO. Tal vez airada
temblará; mas cuando sienta
el acero en sus entrañas.

GIRCON. Á ese precio, te perdono:
ven á mis brazos! descansa (Abrazándole.)
en ellos y cobra aliento:
se cumplirá tu esperanza.

ALEJO. Oh! cómo mi corazon
se reanima! gracias! gracias!

GIRCON. Mi sangre en tí reconozco;
hijo de una noble patria!

ALEJO. Pero cómo habeis entrado
hasta aquí?

GIRCON. En la confianza
de verte, de reducirte
al deber que ya olvidabas.
Ahora que en tus ojos veo
ese ardor, no importa nada
que lo sepas, hijo mio!
tu ingratitud me mataba.

ALEJO. Perdon!

GIRCON. Perdonado quedas.

IRENE. El emperador!

GIRCON. Aparta!
déjanos: que ignore siempre
que hay un hombre de mi raza
entre esos hombres.

ALEJO. Sí; os dejo.
(Te vengaré, pobre hermana!)
(Váse por la derecha: inmediatamente despues sale Miguel por el fondo con algun séquito, que se quedará del lado afuera de la misma puerta.)

ESCENA XII.

MIGUEL, IRENE, GIRCON.

MIGUEL. Qué me han dicho? tus soldados
no han de contener su audacia
ni á las puertas de mi córte?

GIRCON. Mis soldados? pues qué pasa?
MIGUEL. Esta noche han asaltado
cobardemente á una dama:
á mi prima.
GIRCON. Yo os prometo
indagar...
MIGUEL. Está enojada.
GIRCON. Haré un ejemplar castigo:
tanto, que la satisfaga.
MIGUEL. Si: no quiero que os acusen
de la conducta inhumana
que á esos hombres, cuando estoy
decidido á castigarla.
GIRCON. Y cómo? los catalanes
esperan entrar mañana
en la ciudad.
MIGUEL. No entrarán.
GIRCON. Mas tienen vuestra palabra.
MIGUEL. Ellos mismos la han de hacer
ineficaz.
GIRCON. Por qué causa?
MIGUEL. No estamos solos.
GIRCON. No importa.
IRENE. Las hijas de mis montañas,
de los padres heredamos
el duro temple del alma.
Odiamos lo que ellos odian,
amamos lo que ellos aman,
y despreciando el peligro
presenciamos sus batallas.
MIGUEL. Pues bien: diestros emisarios
entre los francos propagan
el descontento, moviendo
temor y desconfianza.
GIRCON. Pero Roger...
MIGUEL. Será el blanco
de su enojo.
GIRCON. Y si no basta...
MIGUEL. Bastará si en imprudente
sedicion el campo estalla.
Roger irá á contenerla...
GIRCON. Mas si del peligro escapa...

MIGUEL. Habrá ocasion para hacerlos
alejar de estas murallas.
GIRCON. Y Roger?
MIGUEL. Se queda.
GIRCON. Cómo?
MIGUEL. Doy un banquete en mi alcázar
al héroe: en él hablaremos
de la próxima campaña.
—Se evita así la presencia
enojosa de las damas.
—Vas comprendiendo?—Se toma
ocasion de una palabra,
de un gesto: él es temerario...
y lo encomiendo á tu espada.
GIRCON. Otra mano mas segura
le herirá: la mia flaca
puede errar el golpe.
MIGUEL. Tú
disponlo.
IRENE. (Que Dios le valga!)
MIGUEL. Mas por si acaso advertido,
interrumpiendo su marcha
revolviera el catalan
contra nosotros sus armas,
envié á Melich un hombre.
GIRCON. Para qué?
MIGUEL. Para que traiga
sus turcomanos [3].
IRENE. (Cobarde!)
MIGUEL. Y la cabeza cortada
de esa falange, será
ya fácil exterminarla.
Mas temo que el mensajero
ne ha llegado por desgracia
ó traicion á su destino.
GIRCON. Tal vez.
MIGUEL. Lo cierto es que tarda.
GIRCON. ¿Y qué quereis?
MIGUEL. Necesito
un hombre de confianza
que esta órden lleve.
IRENE. (Si llega.)

GIRCON. Lo tendreis.
MIGUEL. De eso te encarga.
(Entregándole un pergamino arrollado.)
GIRCON. Mas si por cualquier desdicha
el aviso no llegara...
MIGUEL. En ese caso, tendremos
que dilatar la venganza.
GIRCON. ¿Qué temeis?
MIGUEL. Todo lo temo.
Es valiente y temeraria
esa nacion.
IRENE. En efecto.
Quien quiere acertar, aguarda.
GIRCON. Sea.
MIGUEL. Calma tu impaciencia.
GIRCON. Con rencor, quién tiene calma?

ESCENA XIII.

DICHOS, MARIA y ROGER por la izquierda. Miguel se adelanta hácia ellos, y tomando la mano á Maria, la trae hácia el proscenio.

MIGUEL. Ven, prima: en este momento
á Gircon he reprendido...
MARIA. (Irene!)
GIRCON. Á no haber salido,
señora, del campamento,
mi respeto ó mi valor
os hubieran evitado...
MARIA. Ya lo hizo un bravo soldado.
GIRCON. Usurpándome ese honor.
MIGUEL. Y no me habeis dicho nada (Á Roger.)
de esa accion escandalosa!
ROGER. Los agravios á mi esposa
los venga solo mi espada.
MARIA. No harás tal.
ROGER. Los que atrevidos
osaron con mano aleve...
MARIA. El verdugo es el que debe
entenderse con bandidos.
GIRCON. En mi gente es maravilla

tal infamia.

MARIA. Desde cuándo?

GIRCON. Os juro que está asomando
el rubor á mi mejilla.
Mas yo sabré escarmentar
con rigor á mis alanos.

MARIA. ¿Cómo?

GIRCON. Matando villanos.

ROGER. Muchos teneis que matar.

GIRCON. Si han cometido ese ultraje,
que yo con rubor contemplo,
los vuestros dan el ejemplo
entregándose al pillaje.
De ellos toman tales mañas.

ROGER. Mis soldados de Aragon,
asesinos?

GIRCON. Esas son
sus mas heróicas hazañas.

ROGER. Ellos, dechados, crisoles
de honor!

GIRCON. Y de cobardia.

MIGUEL. Basta!

ROGER. No, por vida mia!
Cobardes mis españoles!

MIGUEL. Callad.

ROGER. No, señor! no puedo.
Cuando ese punto se toca
toda mi paciencia es poca.
—Quién negará su denuedo?
El valor! si esta es la joya
que mejor los engrandece!
Y esta campaña oscurece
las maravillas de Troya.

MARIA. Cierto, y con razon te quejas.

ROGER. Oh! cómo estais olvidados
de que os hallé acorralados
como asustadas ovejas!

GIRCON. Nadie domó nuestros cuellos.

ROGER. De ira el corazon me late!
—Y cuándo, y en qué combate
hicisteis lo que hacen ellos?
Ya sospecho cuando ha sido.

—Un dia, de su muralla
en son de buscar batalla
os ví salir de Planido.
Mas tuvo el turco piedad
de esas turbas espantadas,
y á palos más que á lanzadas
os corrió hasta la ciudad.

MIGUEL. Eran uno para tres.

ROGER. Qué importa? no es ese el cuento:
yo con uno para ciento
los he vencido despues.
—Y el recurso de morir?
cuando está determinado
hasta ese extremo un soldado;
quién le puede hacer huir?
Pero amais tanto la vida,
que sembrasteis las llanuras,
no de sangre, de armaduras
que arrojasteis en la huida,
y en vergonzoso tropel
volvisteis á vuestro encierro.
—Para qué vestirán hierro
los que no pueden con él?
mejor les convienen faldas.
Mas no hay turco, vive Cristo!
que se alabe de que ha visto
á un español las espaldas.

MIGUEL. Basta, digo!

GIRCON. No, señor!
dejadle, y si nos afrenta,
qué importa? asi se alimenta
y crece nuestro rencor.
(Mirando con intencion á Roger.)

MARIA. Rencor decis! y por qué?
hay causa?

GIRCON. Yo os la diria;
mas no es posible: algun dia,
señora... tal vez podré.

ROGER. Gircon! ved lo que decis. (Ap. á Gircon.)

MIGUEL. Si alguna vez averiguo...

GIRCON. El odio nuestro es antiguo:
más de lo que presumis.

MIGUEL Gircon! debo recordaros
que de mi imperio es Roger
César?
GIRCON. No: no es menester,
señor: para qué cansaros?
Mas cuando vine á esta tierra
en tiempo mas peligroso,
y abandoné mi reposo
por lidiar en esta guerra,
pleito homenage presté
á vuestro padre, y él sabe
si guardé hasta donde cabe
la mas acendrada fé!
mas no ofrecí respetar,
ni yo mi orgullo esclavizo,
á un oscuro advenedizo
que ni aun me puede igualar.
ROGER. Desdichado!
GIRCON. Dónde empieza
su nobleza?
MARIA. En su renombre;
en sus hechos; para el hombre
esta es la mejor nobleza.
Y por si le es necesaria
la heredada gerarquia,
la tiene por él Maria,
la princesa de Bulgaria.
GIRCON. Esa es su mejor victoria.
MARIA. Antes pienso que si brillo
es por el noble caudillo
que me ha prestado su gloria.

ESCENA XIV.

DICHOS, BERENGUER y ALEJO.

BERENG. Señor, vuestra órden cumplí.
ALEJO. (Era ella! deliro ó sueño?)
ROGER. Y qué?
BERENG. Puse en ello empeño,
y es claro! lo conseguí.
ROGER. Quién es?

BERENG. En callar se empeña;
pero...
ROGER. No estás satisfecho?...
BERENG. Tiene una herida en el pecho:
no puede ocultar la seña.
MIGUEL. Qué es eso?
ALEJO. (Fortuna mia!)
ROGER. En vano he solicitado
hasta ahora, hallar al soldado,
al defensor de Maria,
y así, ordené al capitan
Berenguer, que en el instante
le buscase.
MARIA. Es arrogante
con extremo el catalan.
BERENG. Esta noche no faltó
del campo otro alguno.
ROGER. Dí
su nombre.
BERENG. Miradle allí. (Señala á Alejo.)
GIRCON. (Alejo!)
ROGER. Tú eres?
ALEJO. Sí: yo.
Mas qué singular proeza
fué aquella para que asombre?
no es obligacion del hombre
proteger á la belleza?
ROGER. Señor, es su condicion
mas de lo que aquí parece.
MIGUEL. Tu accion es tal, que merece
de mi mano un galardon,
y yo á pagarte, obligado
quedo, por tí y por quien soy.
ALEJO. Yo, señor, de todo estoy
muy largamente pagado.
MIGUEL. Cómo?... (Con admiracion.)
IRENE. Dice bien, señor:
no nos robeis nuestros fueros.
Villanos y caballeros
prefieren otro favor:
y dama tan noble y bella,
harto pagará esa hazaña

si un lienzo suyo restaña
la sangre que dió por ella.

MARIA. (Qué dice?)

ALEJO. (Me ahoga la ira!)

MARIA. (Gran Dios!)

MIGUEL. Dice bien Irene:
quien tanta nobleza tiene
á recompensas no aspira.

ALEJO. Pagué una deuda sagrada. (Á Maria.)

MARIA. (Á mirarle no me atrevo!)

ALEJO. Yo la vida tambien debo
de vuestro esposo á la espada.

ROGER. No, Alejo: engañado estás
en eso: tuya es la palma.
Yo te debo vida y alma,
(Mirando con amor á Maria.)
y tú la vida no mas.

MARIA. (Qué noble y qué generoso!)

ALEJO. Basta, señor. (Confuso.)

MIGUEL. Es verdad.
—Adios, prima, y descansad:
necesitais de reposo.
—Soldado, en obligacion (Á Alejo.)
quedo.

ALEJO. Inútil ha de ser!

MARIA. (Santo Dios! esta mujer
ha de ser mi perdicion!)

(Se retira el Emperador por el fondo, seguido de Gircon, Irene y Berenguer.)

ESCENA XV.

MARIA, ROGER, ALEJO en el fondo.

ROGER. Maria?

MARIA. Qué, señor?

ROGER. Alza tu frente.
No sé por qué, pero intranquila quedas.

MARIA. Es cierto: las palabras de ese hombre
en mis oidos temerosas suenan.
Qué motiva sus iras? de qué nace
su implacable rencor? hay quien se atreva

á negar tu virtud? mas no te odiara
Gircon, si como yo te conociera!
(Alejo desde este momento presta cuidadosa atencion al diálogo, avanzando de cuando en cuando hácia el proscenio.)

ROGER. Injusto es su rencor.
MARIA. Pero qué dijo?
Antiguo el odio es ya... No lo recuerdas?
ROGER. Y es la verdad; escucha.—Guarda el paso,
(Á Alejo.)
Alejo.
ALEJO. Descuidad: estaré alerta.
(Con intencion. Roger y Maria se sientan junto al proscenio á la izquierda del actor.)
ROGER. Oye.
ALEJO. (Qué va á decir?)
ROGER. Cuando á la orilla
de la antigua Bizancio, en son de guerra
arribaron las huestes catalanas
llamadas del imperio á la defensa,
ya era la vez segunda que pisaba
su caudillo feliz tu noble tierra.
Años antes, salvando la estrechura
del Bósforo de Tracia, una galera
que ostentaba la cruz de los Templarios
en vuestra playas amainó sus velas.
Era el famoso *Alcon*, hermosa nave
á la par invencible que ligera,
orgullo del mancebo que en su espalda
desafiaba al mar y á las tormentas.
Ese mancebo que á sus pocos años
azote ya de los infieles era,
osado y con fortuna, sonreia
á sus sueños de gloria y de grandeza.
La gloria, los peligros, el sangriento
destrozado botin de la pelea,
estos fueron los únicos placeres
de su fogosa juventud inquieta.
Pero llegó un momento en que buscando
con instintivo afan venturas nuevas,
sintió en su corazon esa imperiosa
necesidad de amar que al hombre aqueja.

Bajo este influjo ardiente, ante sus ojos
vió un dia aparecer cándida y bella
una mujer... Perdona!

MARIA. (Dios me preste
para escuchar mis celos, fortaleza!)

ROGER. Ya lo dije, era hermosa, pero altiva:
vástago de esa raza masajeta
de corazon fogoso, que ama y odia
con toda la intension de su fiereza.
Y el osado marino que arrostraba
del mar y de los cielos la inclemencia
y el horrible fragor de los combates
con alta frente y majestad serena,
tembló y palideció bajo la pura
mirada de la tímida doncella,
y hervir sintió en su pecho impetüoso
de aquel amor la sensacion primera.

ALEJO. (Dios sostenga mi mano!)

ROGER. Llegó un dia
en que la jóven escuchó sus quejas,
y al contagio fatal de su cariño
facilitó del corazon las sendas.
Amó y amada fué; mas de tal suerte,
con tanta ceguedad, que pronto en ella
hondo y devorador remordimiento
el lugar ocupó de su inocencia.
(Desde este momento, Maria que ha notado la emocion de Alejo, le mira repetidas veces con zozobra.)

ALEJO. (Podré dudar?...)

ROGER. Pero el dichoso amante
pagar quiso á su vez tan alta prueba
de abnegacion y amor, legitimando
de aquella union la criminal cadena.
Una mañana, respirando gozo,
llamaban los culpables á la puerta
de solitaria ermita en que vivia
lejos del mundo oscuro anacoreta.
«Bendecidnos!» dijeron; «nuestra falta
á los ojos de Dios disculpa tenga:
nuestras manos unid en santo nudo
y esposos castos los amantes sean.»

ALEJO. (Ah!) (Respirando con alegria.)

MARIA. Bien, Roger!
(Mirando con satisfaccion á Alejo.)
ROGER. Nuestra pesada carga
fué desde entonces plácida y ligera,
y recobró su calma y su alegria
la que espiraba de terror y pena.
ALEJO. (Hermana mia!)
MARIA. Dí.
ROGER. Pero una noche,
pálido el rostro, respirando apenas,
hora tras hora la angustiada niña
la vuelta, en vano, de su esposo espera.
Pasa otra noche y otra, y en su estancia
con afan palpitante escucha y tiembla
si algun rumor que engaña su deseo
hasta el rincon donde suspira, llega.
Desusado clamor, horribles gritos
escucha un dia, y desalada y trémula
á averiguar la causa lastimosa
una fatal curiosidad la lleva.
Un hombre, un criminal con tardo paso
al suplicio camina: fija en ella
torva sonrisa, y cae la desdichada
lanzando un grito de terror.
MARIA. Quién era?
ROGER. El mentido eremita, que ocultaba
bajo el inmune manto de la Iglesia
crímenes inauditos!—Margarita
de su esposo tambien tuvo sospechas!
—En fin, creyóse la infeliz burlada,
y del dolor vencida y de su afrenta,
cayó á las plantas de su padre anciano,
cubierto el rostro de mortal tristeza.
ALEJO. (No puedo mas!)
ROGER. Mostrándole su seno
preparado á la muerte y sin defensa,
su amor le confesó, lloró su culpa,
y esperó resignada la sentencia.
MARIA. El anciano, sin duda, como padre,
perdonó.
ROGER. Perdonar! tanta flaqueza...
tan noble sentimiento, no es posible

que en esos negros corazones quepa.

MARIA. Te engañas. (Mirando á Alejo.)

ROGER. Ya verás! La pobre mártir,
al arrostrar la indómita soberbia
de aquel padre feroz, tal vez creia
encontrar el perdon de su imprudencia.

MARIA. No fué así?

ROGER. No, Maria! desoyendo
la voz de aquel dolor, solo á su afrenta
prestó dócil oido, y á la ira
se abandonó su corazon de hiena.
La mano de su juez desapiadado
sintió la jóven en el rostro impresa,
y fué lanzada de la tribu impia
como objeto de escándalo y vergüenza.

ALEJO. (Margarita!)

ROGER. Al hallarse de la noche
en medio de las lóbregas tinieblas
sola, la que vivia acompañada,
pobre, la que nadaba en la opulencia,
desfalleció sin duda su constancia,
y de la muerte acarició la idea.
Vió á sus pies de repente abalanzarse
del Bósforo las aguas turbulentas,
y al otro dia, á la cercana orilla
las turbias ondas la arrojaron muerta.

MARIA. Y el hombre que causó su desventura...

ROGER. No la olvidó jamás: si en apariencia
infiel, abandonarla parecia,
no fué su culpa, no; mas de su estrella.
Su deber de soldado, la imperiosa,
inexcusable voz de la obediencia,
súbito de su lado le apartaron
sin poderla avisar; pero á su vuelta,
palpitando de amor y de esperanza,
de Margarita en la desierta reja
una vez y otra vez, ya con zozobra,
hizo sonar la acostumbrada seña.
Y allí sin duda le encontrara el dia
con su dolor luchando, si una sierva,
confidente leal de sus amores,
de su inútil afan no le advirtiera.

Por ella la catástrofe espantosa
supo el triste mancebo; ardió en sus venas
insensato furor, y ante su cólera
atropelló de la mansion las puertas.
Enfrente allí del miserable anciano
que devorando lágrimas acerbas
tal vez de su rigor se arrepentia,
mi esposa estaba en el sudario envuelta.
Terrible fué aquel trance! imprecaciones,
gritos, sollozos, amenazas fieras
resonaron allí! cortejo horrible
que acompañaba á mi esperanza muerta!
(Pausa.)

MARIA. No es verdad que ante Dios de ese cariño
los tiernos lazos renovado hubieras
á no estorbarlo de su padre el crímen?

ROGER. Lo juro por mi honor.

MARIA. Pues bien! desecha
esa memoria amarga, y cuando tanto
tu corazon y tu dolor no puedan,
para el tirano autor de tu infortunio
todo el castigo de la culpa sea.

ALEJO. Perdonadme. (Adelantándose.)

ROGER. Qué es eso?

ALEJO. Aun no ha acabado
la triste relacion de esa tragedia:
yo la sé.

ROGER. Tú! es posible?

ALEJO. De un hermano
de la niña infeliz, la historia queda.

ROGER. Y ese hermano...

ALEJO. Buscando al que juzgaba
infame burlador de su pureza,
por vengar á su pobre Margarita
seis largos años recorrió la tierra.

MARIA. (Dios nos tenga piedad!)

ALEJO. Y allá en Italia,
ved qué grande es, señor, la Providencia!
al hombre á quien solícito buscaba
debió la vida sin saber que él era.

ROGER. Sigue! sigue!

ALEJO. Pero hoy que de sus ojos

arrancó la verdad la torpe venda,
temblando de emocion, le dice: «Hermano!
la que murió por tí, por tí me ruega.»

ROGER. Hermano!
(Abriéndole los brazos, en los que se arroja Alejo.)

ALEJO. Gracias! gracias!—Veis, señora
cómo tuvo mi afan su recompensa?
Me ha llamado su hermano! y ese nombre
vale... toda la sangre de mis venas.

ESCENA XVI.

DICHOS y GIRCON por el fondo.

GIRCON. Roger?

MARIA. (Aqui este hombre?)

GIRCON. Vuestro campo
alborotado está y en armas queda.

ROGER. Eso es posible?

GIRCON. Gritos y amenazas
profieren, y hablan de romper las puertas.
Quiere el emperador, y á eso me envia,
que refreneis al punto su soberbia,
y alejeis de los muros de su córte
esa eterna ocasion de turbulencias.

ROGER. Hoy será obedecido.

GIRCON. Y si no bastan
vuestro influjo y valor; dado que fuera
necesario apelar á los extremos,
con mi brazo contad: mi gente es vuestra.

ROGER. Si mi voz, si mi nombre no bastara
para hacerlos entrar en la obediencia,
hoy moriré á sus manos.

MARIA. Sé prudente!

GIRCON. Hijo mio! (Acercándose á Alejo: ap.)

ALEJO. Señor?

GIRCON. La hora se acerca.

ALEJO. La hora decis?

GIRCON. La de vengar tu agravio,
y de tu hermana y de tu padre afrentas.

ALEJO. Cuando se acerque el formidable instante
de dar á Dios la inevitable cuenta,
no me dirá: «Qué has hecho de tu hermano?»

como dijo á Cain.
GIRCON. Esa respuesta!...
Alejo!
ALEJO. Adios, señor!
GIRCON. Y Margarita?
ALEJO. Contra su matador no tengo fuerza.
(Se aleja de su padre: este queda sumergido en honda desesperacion.

ESCENA XVII.

DICHOS y BERENGUER.

BERENG. Señor!
ROGER. Todo lo sé.
BERENG. Bien os lo dije:
no podia faltar.—Y hay una gresca,
como jamás he visto.
ROGER. Yo prometo
que han de pagarme cara la insolencia.
MARIA. Oh! no arriesgues tu vida, que es la mia.
ROGER. Hola! mis pajes!
(Estos acuden y arman á Roger á la ligera.)
MARIA. Cubre tu cabeza
con el casco acerado: nada olvides.
—Llevas tambien tu cota milanesa?
ROGER. Llevo tu amor.
BERENG. (Ap. á Roger.) Por mí, los dejaria,
no mucho! hasta que al fin me concluyeran
con el último alano: es lo que piden,
y muerto el enemigo, no hay pendencia.
ROGER. Basta! basta y seguidme. Adios, Maria.
(Abrazándola.)
MARIA. Alejo, mi cariño os lo encomienda!
velad por él, velad!
GIRCON. (Iras del cielo!)
ALEJO. Su existencia señora, es mi existencia!
(Roger se vá por el fondo seguido de Berenguer, Alejo y pajes. Maria, que le ha acompañado hasta la puerta, se vuelve hácia Gircon dirigiéndole una mirada de triunfo.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

La misma decoracion del acto anterior.

ESCENA PRIMERA.

CATALINA asomada á la ventana: MARIA sale por la izquierda.

MARIA. No vino mi esposo?
CATAL. No;
mas traquilizaos, señora.
MARIA. Qué! nadie le ha visto?
CATAL. Ahora
un soldado que llegó
del campo, le dejó en él.
MARIA. Y dónde está ese soldado?
CATAL. Partió de nuevo, enviado
por vuestro primo Miguel.
MARIA. Cesó el motin?
CATAL. Aun no está
sosegado.
MARIA. Quiera el cielo...
CATAL. Señora, y mucho recelo
que no se apague.
MARIA. Quizá.
CATAL. Y hoy á su ardiente violencia
Andrinópolis llorara
su fin, si no lo estorbara
de Rogerio la presencia.
Con qué valor y denuedo

corrió á atajar los desmanes
de esos fieros catalanes!

MARIA. Tranquilizarme no puedo.
—Y... mira! es una crueldad,
Catalina! un desvario!
Es un pensamiento impio
que manda en mi voluntad.
Al escuchar los clamores
de esa gente, hallé en mi pecho
simpatia á su despecho
y disculpa á sus rencores.
—Esa falanje guerrera,
esos campeones fieles
que han cubierto de laureles
nuestra arrollada bandera,
que han alzado con sus manos
de Grecia el hundido trono,
hoy blanco son del encono
de griegos, turcos y alanos.
—Por qué en fútiles alardes
gastan la potente saña?
triunfe por último España
de esta raza de cobardes.

CATAL. Cómo! renegais del suelo
que os vió nacer?

MARIA. Con razon:
altivo mi corazon
ha remontado su vuelo.
Esta Grecia, que la copa
de su ignominia hoy apura,
salvada por la bravura
del mejor pueblo de Europa,
al implorar su favor
con temerosa impaciencia,
no ha comprado su existencia
sino á precio de su honor.
Así, al aceptar los lazos
que al noble Roger me unieron,
con doble afecto se abrieron
á recibirle mis brazos:
pues mi altivo corazon,
que su dicha comprendia,

á un mismo tiempo sentia
cariño y admiracion.
Y cómo no darle amante
lo mejor de mis deseos,
á él, que entre tantos pigmeos
se me apareció gigante?

CATAL. Y si, estallando el rencor
que inútilmente se oculta,
prendiese la guerra?

MARIA. Abulta
el peligro tu temor;
mas si así fuera, el deber
mi conducta marcaria.

CATAL. Sois la princesa Maria.

MARIA. Soy la esposa de Roger.
—Y hoy mas que nunca aquí siento
arraigado este amor: hoy
que tan otra y feliz soy
que me hace daño el contento.

CATAL. Es posible?

MARIA. Si! dichosa
como ninguna lo ha sido!

CATAL. Pues qué?...

MARIA. Dios ha bendecido
los deseos de la esposa [4].

CATAL. Decid...

MARIA. La esperanza ardiente
que con desusado empeño
sobresaltaba mi sueño
y acariciaba mi mente;
ese infinito placer,
esa inefable alegria
que el Hacedor nos envia
al duplicar nuestro ser,
trocaron su expresion muda
y aquella indecisa calma,
en voces que escucha el alma
sin el temor de la duda.
Y á esas voces que en sereno
concierto para mí suenan,
de ardiente gozo se llenan
mi corazon y mi seno.

Siento en ellos alentar
una vida... y no es la mia!
siento impulsos de alegria,
con deseos de llorar.

ESCENA II.

DICHAS y MIGUEL.

CATAL. El emperador.
MIGUEL. Maria!
qué lágrimas, dí, son esas?
MARIA. Yo lágrimas?
MIGUEL. Lo comprendo:
sin duda impaciente esperas
á tu esposo: por él temes.
MARIA. Temer por él! no lo creas.
MIGUEL. Furioso estaba el soldado,
y rotos de la obediencia
los lazos, puede atreverse...
MARIA. Parece que lo deseas.
MIGUEL. Quién! yo, Maria? me ofendes.
MARIA. Mucho?
MIGUEL. (Si de mí sospecha!...)
Pues hay en el mundo, díme,
quien al noble Roger deba
mayores obligaciones?
MARIA. Si lo negaras, mintieras.
MIGUEL. No: si es verdad que me irrita
de los francos la impaciencia,
sé tambien que de tu esposo
el prestigio los sujeta.
Roger es ya mi pariente,
y en la paz como en la guerra,
hombre á quien nadie aventaja
en ánimo y en prudencia.
MARIA. Cierto!—y yo que te creia
su enemigo!
MIGUEL. Injusto fuera
si con agravios pagara
al que ha salvado á la Grecia.
MARIA. Bien! bien!

MIGUEL. Sin él, qué seria
de esta generosa tierra?
MARIA. Es verdad.
MIGUEL. Sin él, ya estaba
por el suelo mi diadema.
MARIA. Bien dices, oh! y tú no sabes,
al par que me lisonjea,
cuánto me complace oir
que haces justicia á sus prendas!
Tan leal como valiente
es Roger.
MIGUEL. Bien le ponderas;
pero así le necesito
para acabar esta empresa.
MARIA. Mañana parte.
MIGUEL. Mañana
dices? por qué esa impaciencia?
los turcos ya derrotados
ni le combaten ni esperan,
y hay enemigos mayores...
MARIA. Qué escucho!
MIGUEL. Y que estan mas cerca.
MARIA. Qué quieres decir?
MIGUEL. Que ya
la intolerable soberbia
de esos alanos, ha hallado
con el fin de mi paciencia.
MARIA. Y con razon: ese pueblo
de inclinaciones groseras,
es para tu imperio culto
un peligro y una afrenta.
MIGUEL. Es cierto, y por eso intento
que á sus montañas se vuelvan.
MARIA. Bien; Miguel.
MIGUEL. Es ya preciso
si no de grado, por fuerza.
MARIA. Se volverán: yo lo fio;
pero cómo, si eso intentas,
dicen que á los catalanes
de nuestros muros alejas?
MIGUEL. No me comprendes, Maria.
Antes que el sol dé la vuelta,

al rayar la nueva aurora
aquí entrarán de sorpresa;
y los turcomanos, fieles
aliados de la Grecia,
vendrán tambien.

MARIA. Pues qué! temes?...

MIGUEL. No está demás la prudencia.
Quiero evitar que Andrinópolis
campo de batalla sea.

MARIA. Tienes razon.

MIGUEL. Ya conoces
de ese Gircon la soberbia.

MARIA. Si yo pudiera explicarte
qué grave peso, qué pena
me quitas del corazon!
Hay ventura como esta?
—Perdóname.

MIGUEL. Qué, Maria?

MARIA. Dudaba de tu nobleza,
como si fuera posible
en tí... vamos! qué demencia!
Desde hoy mas, estrecharemos
los lazos que nos acercan.
Dueño del mejor imperio
que se conoce en la tierra,
tú ensalzarás una estirpe
que el mundo juzgaba muerta.
Roger será el brazo armado
que sostendrá tu grandeza,
y extendiendo tus conquistas
hará por mi amor proezas.
Y yo, orgullosa por ser
de tal hombre compañera;
por tener la noble sangre
que tambien corre en tus venas,
diré á Dios, agradecida:
«Bendita tu Providencia!
ya parece que permites
la resurreccion de Grecia!»

ESCENA III.

DICHOS y ALEJO por el fondo.

MIGUEL. Quién es?
MARIA. Ah!
MIGUEL. Tu salvador.
ALEJO. Vuestro siervo.
MIGUEL. Nos traes nuevas?
ALEJO. Mi señor os las envia
por mí.
MARIA. Sin duda son buenas.
ALEJO. Marchando vá el campo, y todo
tranquilo y sumiso queda.
MARIA. Y mi esposo?
ALEJO. Satisfecho
de su fácil obediencia,
me mandó á tranquilizaros,
en tanto que dá la vuelta.
MARIA. Ya lo ves, Miguel; estás
satisfecho?
MIGUEL. De manera
que ha de saber hoy tu esposo
adonde mi afecto llega.
—Adios, soldado, y advierte
á tu señor que le esperan
una esposa y un amigo,
ambos con mucha impaciencia.
(Váse con Maria por la izquierda.)

ESCENA IV.

ALEJO, luego IRENE.

ALEJO. En cuanto á la esposa, digo
que fácilmente convengo,
que por lo demas, no tengo
la misma fé en el amigo.
IRENE. Alejo! el cielo te envia.
ALEJO. Qué?
IRENE. Bendita su clemencia!

Dime, estimas la existencia
de Roger?
ALEJO. Más que la mia.
IRENE. Pues no pierdas un momento.
ALEJO. Mas...
IRENE. De razones acorta.
Lo que quiero, lo que importa
es salvarle, y eso intento.
ALEJO. Tú?
IRENE. Deja cálculos vanos.
—Escucha: un hombre ha salido
no há mucho para Planido:
allí estan los turcomanos.
ALEJO. Sigue, sigue.
IRENE. De Miguel
para Melich lleva un pliego;
este necesito: luego
verás su traicion en él.
ALEJO. Pues qué intenta?
IRENE. Asesinar
al que hoy estrecha en sus brazos:
preparando está los lazos
en que le pretende ahogar.
ALEJO. Á mi hermano!
IRENE. Si.
ALEJO. Á Roger!
IRENE. Pero teme en este instante
no tener fuerza bastante
para afrontar su poder.
Ese temor, indeciso
le tiene y es mi esperanza:
atajamos la venganza
mientras no llegue el aviso.
ALEJO. Irene! crímen tan feo...
IRENE. Que le calumnio supones?
ALEJO. Eso no: en punto á traiciones,
todo de Miguel lo creo.
IRENE. Bien dices.
ALEJO. No es cosa nueva.
IRENE. Vendrá el pliego?
ALEJO. Lo has dudado?
aunque lo traiga manchado

con sangre del que lo lleva. (Hace que se vá.)
—Mas... permite que me asombre!...
Dí; qué causa te ha impelido
á salvar?...

IRENE. No has conocido
que estoy amando á ese bombre?

ALEJO. Tú?

IRENE. Yo: seis años de lucha
sufridos llevo hasta ahora,
de dolores que él ignora;
de suspiros que no escucha.
Yo en la pendiente fatal
de esta inclinacion maldita,
rival fuí de Margarita
y de Maria rival.

ALEJO. Temo...

IRENE. Qué? de mi fiereza
no esperes jamás el dolo;
pero ay del que toque á un solo
cabello de su cabeza!
Sálvale, sí! me lo ofreces?
triunfe esa mujer altiva;
no importa; pero que él viva
aunque yo muera mil veces.

ALEJO. Desdichada!

IRENE. Entre los dos
quede este horrible secreto.
Lo prometes?

ALEJO. Lo prometo.

IRENE. Corre, Alejo.

ALEJO. Adios. (Váse.)

IRENE. Adios.

ESCENA V.

IRENE, sola.

Escuchemos al deber.
Si amante y esperanzada
soñé con dichas ayer,
hoy nada me queda, nada
sino llorar y ceder.

Ceder! mas con qué derecho
mi rival aborrecida,
cuando de su fé sospecho,
querrá que me rasgue el pecho
para que tenga ella vida?
—Y qué sospecho? afan loco!
pues ni me rindo á la duda
ni á la evidencia tampoco;
pero á mi clemencia invoco
y mi clemencia está muda.
Su amor correrá en bonanza,
y yo humillada á sus pies
completaré su venganza!
Imposible! esto no es
renunciar á la esperanza?
Y cuándo? cuando la pide
la suerte opuestos deberes
y su familia divide...
Ay, corazon! eso quieres,
y eso esperas: que le olvide.
No trocará por la guerra
que vá á asordar el espacio
y á ensangrentar esta tierra,
las seducciones que encierra
la vida de su palacio.
Es griega, y presuntüosa
siente su orígen altivo,
y antes princesa que esposa,
se envolverá desdeñosa
en el orgullo nativo.
—Pero ademas, no seria
fácil tambien que traidora
le engañase? Dí, Maria!
has salido vencedora
en la amorosa porfia?
nunca en tu voz, en tu aliento
el suspiro se ha mezclado
de algun torpe sentimiento?
no te mancha ni el pecado
liviano de un pensamiento?
—Mas no quiso en la niñez
á Alejo? pues qué otro nombre

tiene esto, si no doblez?
—No ha debido amar ese hombre
á quien ya ha amado otra vez.
Él merece por su brio,
por su nobleza infinita,
todo entero un albedrio
cual lo fué el de Margarita,
y en fin... como lo es el mio.

ESCENA VI.

IRENE, ROGER por el fondo.

ROGER. Irene!
IRENE. La misma soy.
Os buscaba.
ROGER. Y yo temia
hallaros...
IRENE. Por qué? no es dia
de reconvenciones hoy.
ROGER. Explicaos.
IRENE. No es tiempo ahora
de quejas.
ROGER. Yo no os entiendo.
IRENE. Sino de burlar huyendo
alguna intencion traidora.
—Negro festejo os prepara
quien vuestra muerte desea:
huid, Rogerio, no sea
que os salga el daño á la cara.
Huid, señor!
ROGER. Pero en fin...
IRENE. Quien os estima os lo advierte:
sentada estará la muerte
á la mesa del festin.
ROGER. Irene!...
IRENE. Dudais quizá?
ROGER. Si.
IRENE. Consúmese el delito.
ROGER. Una prueba necesito...
IRENE. La prueba no tardará.
ROGER. Cuándo?...

IRENE. Va un soldado fiel
tras el hombre que la lleva.
ROGER. Oh! si me dais esa prueba,
ay de Grecia! ay de Miguel!
IRENE. Aun teneis desconfianza...
ROGER. Mas quién es de tal perfidia
capaz?
IRENE. El odio y la envidia:
ved qué terrible alianza!
Y... acaso porque así Dios
á castigaros comienza,
los vuestros tienen vergüenza
de vuestra cuna y de vos.
ROGER. Vergüenza de mí? no quiero
ni imaginarlo.
IRENE. De fijo.
César del imperio, el hijo
de Ricardo el halconero!
—Sabeis por qué se os desprecia?
lo diré en una palabra:
por que ya el miedo no labra
en el corazon de Grecia.
Esta es la verdad, Roger,
de que mi afecto os avisa:
vuestro pecado es la prisa
que os habeis dado á vencer.
Miguel es vuestro enemigo:
perderos es su deseo!
burladlo pues,—aunque creo
que mereceis tal castigo.—
Romper el lazo fatal
en que vuestra union reposa,
quiere: teneis por esposa
mujer de sangre imperial.
ROGER. Y á salvarme de su insana
traicion, qué causa os incita?
IRENE. No era yo de Margarita,
mas que una amiga, una hermana?
Fuerza es que á su intercesion
este interés atribuya.
Oh, si! una voz que es la suya
resuena en mi corazon.

«Sálvale, me dice, ó va
á morir!»

ROGER. Martir querida!

IRENE. Sálvale! dale la vida,
aunque ofendiéndome está.

ROGER. Yo la ofendo?

IRENE. Sin doblez,
quién hermana afectos tales?
los corazones leales
solo quieren una vez.
Mas quien osó con malicia
la honra ajena amancillar;
qué es lo que puede esperar
del cielo, sino justicia?
Á otra robasteis la calma,
y el alma partís en dos:
no pudiera ser que á vos
os dieran partida el alma?

ROGER. Qué! mi esposa!...

IRENE. No iracundo
la acuseis.

ROGER. Quién lo osaria?

IRENE. Tambien vos para Maria
fuisteis el amor segundo.

ROGER. Ah!

IRENE. Pero no tengais celos:
harto luchando acrisola
su inocencia, quien se inmola
obedeciendo á los cielos.

ROGER. Corro á hablarla.

IRENE. No! partid
al punto; pero sin ella:
no la pongais con su estrella
en desesperada lid.
Su orígen no se concilia
con su deber: es princesa,
y hoy todo concierto cesa
entre vos y su familia;
y en la fortuna contraria,
no ayudará,—no lo espero,
al hijo del halconero
la princesa de Bulgaria.

ROGER. Pero ella no puede ser
cómplice...
IRENE. Ni yo lo digo:
vos lo vereis; no me obligo
ni á acusar ni á defender.
ROGER. Dáislo á entender, y en Maria
no cabe tanta vileza.
IRENE. No! ni en mi naturaleza
la torpe supercheria.
Habladla: afecto mas fiel
acaso en su pecho quepa,
y es posible que no sepa
los proyectos de Miguel;
y si ella os sigue, á pesar
de todo, decid que os ama:
decid que es tan noble dama
como podeis desear.

ESCENA VII.

DICHOS y ALEJO, agitado y con un pergamino en la mano.

IRENE. Alejo. (Corriendo hácia él.)
ALEJO. Aquí está: dijiste
verdad! era cierto, Irene!
aquí de una infamia viene,
hermano, la prueba triste.
IRENE. Lo veis?
ALEJO. Al hombre alcancé:
negóse al soborno, al ruego;
reñimos en fin, y el pliego
con la vida le arranqué.
—Vedlo: de intentos villanos
la prueba con él os doy.
Huid, señor: ya por hoy
no vendrán los turcomanos.
Mas no perdais un momento:
huid de aquí.
ROGER. Si; lo haré. (Abatido.)
ALEJO. De aquella colina al pie
está vuestro campamento.
De todo, secreto aviso

á vuestras gentes he dado:
inquieto queda el soldado
y todo el campo indeciso.

ROGER. (Lee.) «Para un proyecto que callo,
porque peligrara escrito,
buen Melich, te necesito
con tus hombres de á caballo.
Cuando todo esté en reposo,
ven; pero guarda el secreto,
que es importante el objeto,
y el contrario, poderoso.»

IRENE. Ya veis!...

ROGER. Dejadme los dos.

ALEJO. Ánimo!

IRENE. La prueba es ruda! (Vánse.)

ROGER. Has sembrado aquí la duda!
no te lo perdone Dios! (Mirando á Irene.)

ESCENA VIII.

ROGER, que vá á entrar por la izquierda, y MARIA, que le sale al encuentro.

MARIA. Roger!

ROGER. Maria!

MARIA. Mi señor! mi dueño!

ROGER. Me estabas esperando?

MARIA. Cuidadosa
hasta verte salir del árduo empeño...
—Pero estás fatigado: ven, reposa...
(Viendo que permanece inmóvil y sombrio.)
—Mas... por qué ese semblante rigoroso?
Tu silencio me asusta!
Dime; por qué mi esposo
vuelve á mis brazos con la frente adusta?

ROGER. Maria!

MARIA. Tú padeces!

ROGER. Ay, Maria!
solo el prestigio de tu acento blando
puede calmar la angustia, la agonia
que está mi corazon despedazando!
No te busco princesa: cariñosa

amante, sí te quiero.

MARIA. Pues bien: antes que nada soy tu esposa,
y es la obediencia mi deber primero.

ROGER. Y dime; si en el seno generoso
de tu imperial estirpe, se abrigara
tal reptil venenoso
que vuestra propia sangre emponzoñara...

MARIA. Qué dices!

ROGER. Si con pérfida cautela
me tendiera Miguel cobardes lazos...

MARIA. Calla! calla, Roger! antes recela
que son dogales mis amantes brazos.
Con qué razon atentará á tu vida?

ROGER. Envidioso tal vez de mi fortuna...

MARIA. Respetos debe un príncipe á su cuna,
y obligaciones que jamás olvida.
Qué gana con tu muerte?
antes... óyeme bien! antes espera
de tu espíritu noble y pecho fuerte
la gloria y salvacion del Asia entera.
Calla, Roger! y Dios no te demande
cuenta de tu culpable desatino!
Muy pequeño es Miguel, pero aun es grande
para ser ni cobarde ni asesino.
—Qué te obliga á dudar? dílo.

ROGER. (No me ama!)
—Un mensajero de fatales nuevas
puso en mis manos de la horrible trama
el indicio mejor.

MARIA. Dame esas pruebas.

ROGER. Á más de esos alanos
que son mis enemigos, de repente
llamados son aquí los turcomanos.

MARIA. Es que de hoy más, ó débil ó indolente,
su fortuna, Miguel pone en tus manos.
Amigos son; no temas su presencia:
en tu ayuda mi primo los convoca.
De Gircon y sus hordas la insolencia
es lo que teme y su rigor provoca.
El lustre antiguo volverá á su córte
y su esplendor... verás cómo te engañas!
y esos salvajes que nos manda el Norte

empujados serán á sus montañas.
—Ya verás! ya verás!

ROGER. Tan poco fia
de mi esfuerzo y poder! yo basto solo...

MARIA. Por evitar azares...

ROGER. No, Maria!
(No puedo ya dudar! cierto es el dolo!)
Crees?...

MARIA. Que tu sospecha es ilusoria.

ROGER. Y si á pesar de todo prefiriera
huir de aquí?

MARIA. Para salvar tu gloria
y evitar una mancha á tu memoria,
obedecerte acaso resistiera.

ROGER. Quién ama, desconfia.

MARIA. Mas quien tiene
con su deber y con tu fama, cuenta,
mirar debe por tí.

ROGER. (Bien dijo Irene.)

MARIA. La fé ennoblece y la malicia afrenta. (Pausa.)

ROGER. Dudé: esperé; pero la duda acaba.
—No temas que deberes te reclame.
—Mentira es la esperanza que abrigaba:
verdad la que juzgué sospecha infame!

MARIA. No deliras?

ROGER. Mas nada hay que me asombre.
Extranjero y soldado advenadizo!
de César y de amigo obtuvo un hombre
el título y el nombre;
nombre irrisorio y título postizo!

MARIA. Calla!

ROGER. No le bastó tanta grandeza
y tan excelso honor: tálamo augusto
quiso tambien y cándida belleza,
y olvidó de su cuna la bajeza.
Verdad, señora, que el castigo es justo?
Impuso un dia de la Grecia al duelo
su firme voluntad; pero hoy, lanzado
el turco de este suelo,
quién necesita del audaz soldado?

MARIA. Mira que desvarias! que me ofendes
y ofendes el honor del pueblo griego!

Qué has pensado de mí?

ROGER. Qué?... que me vendes.

MARIA. Santa Madre de Dios!

ROGER. Que estaba ciego:
que en ese corazon doble y profundo,
nunca arraigó mi amor!—Era segundo!

MARIA. Oh! vuelve en tí, Roger! quién extravia
de esa manera tu razon? advierte
lo que diciendo estás.

ROGER. Calla, Maria!

MARIA. Tú dudas de mi fé? dame la muerte:
menos que ese baldon la sentiria..
—Amor se llama el inocente juego
que de nuestra existencia en los albores
remeda, sin turbar nuestro sosiego,
de ese afecto esperanzas y temores!
Yo pensaba tambien que amor tenia,
pero llegó el instante
en que el deber y la fortuna mia
me pusieron delante
al sol de la nobleza y bizarria!
y se cubrió mi frente de sonrojos;
temblé con tus palabras lisonjeras,
y me miré en las niñas de tus ojos,
y me dije: «ahora si que amo de veras!»

ROGER. Oh! qué bien sabe el que en engaños trata
endulzar el veneno
y el cuchillo dorar con que nos mata!
Mirad su rostro cándido y sereno
y atreveos á decir que engaña y miente:
que es su semblante de dulzura lleno
la máscara falaz del delincuente!

MARIA. Por ese Dios que mi inocencia mira,
te juro...
(Arrodillándose en actitud de invocar á Dios.)

ROGER. Mientes y á tu Dios engañas.

MARIA. Por tu amor!... por mi amor!

ROGER. Era mentira.
(Maria se levanta radiante de orgullo y felicidad.)

MARIA. Por el hijo que llevo en mis entrañas!

ROGER. Maria! es cierto? y con sospecha loca
tu corazon aflijo!

—Una madre no miente cuando invoca
el nombre de su hijo!

MARIA. Dudar de mí cuando le quiero tanto!

ROGER. No! ya no dudo: se cerró el abismo
que abierto ante mis pies me daba espanto.
Preso de tu palabra en el encanto,
tu noble indignacion siento yo mismo.

MARIA. Mas sin duda hubo causa...

ROGER. No, ninguna!
Pudo haberla jamás para que osara
mi sospecha importuna
poner en duda tu inocencia clara?

MARIA. Quién te pudo inspirar... mas lo sospecho!
una mujer inexorable, impia,
la duda y el temor sembró en tu pecho.

ROGER. Es verdad! es verdad!

MARIA. Lo presumia!
Mas por qué me aborrece?
será porque te quiero y soy tu esposa?
Mira! mira, Roger! ahora parece
que soy yo la celosa!

ROGER. (Oh, qué rayo de luz!)

MARIA. Sin duda es eso;
pero nada me importa, lo confieso.
Eres padre, Roger, y estás ahora
en el calor de mi cariño preso
y mi voz te seduce y te enamora.
Es imposible ya, fuera locura
querer arrebatarme mi ventura!

ROGER. Otro interés mayor...

MARIA. Ó á todo precio
ponerte quiere en rebelion abierta
con el imperio.

ROGER. Puede!

MARIA. Y los alanos
hoy mirados con ira ó menosprecio,
volverian á ser nuestros tiranos.

ROGER. Sí! sí! bien dices.

MARIA. Se apagó su estrella
ante la luz gloriosa de la tuya:
su muerte y su baldon miran en ella,
y acaso á sus rencores contribuya

vuestra antigua querella.
ROGER. Cierto: no digas mas.—Ves qué sencill
es la verdad?
MARIA. Y nuestro error se empeña
en eclipsarla más cuanto más brilla!
ROGER. No solo esa mujer, sino un villano
á quien abrí mi corazon, y ciego
el nombre dí de hermano...
MARIA. Alejo?
ROGER. Él mismo me entregó este pliego.
MARIA. Él, que te guarda singular cariño;
él, que por tí se lanzará á la muerte
y hasta el amor que me juró de niño
por tí en respeto y sumision convierte?
ROGER. Es él!
MARIA. Sí: mi enemiga le ha engañado:
no pensemos tal mal! me causa pena
creer que es un malvado...
ROGER. El que arrastró sumiso tu cadena.
MARIA. Por qué no? del amor en los extremos
se muestra siempre el corazon distinto,
y en la infancia tenemos,
para querer y odiar claro el instinto.
ROGER. No conoces al mundo!
MARIA. Triste ciencia
que los arranques generosos calma!
mal haya la experiencia
que moderando la expansion del alma
puede hacernos dudar de la inocencia!
ROGER. Escucha; más que en el recelo mio,
más que en mi corazon en tu fé creo.
Á tu instinto leal mi vida fio:
esta es mi voluntad y tu deseo.
MARIA. Ah, Roger!
ROGER. Pero basta...
MARIA. Qué?
ROGER. Ya es hor
y no quiero que espere un solo instante
tu primo y mi señor.—Tiemblas?
MARIA. Ahora
tu recelo no más tengo delante.
ROGER. Sí?

MARIA. Y á medida que el momento avanza,
no sé qué dudas...
ROGER. El temor desecha.
MARIA. Ha penetrado en mi alma tu sospecha!
ROGER. Y en la mia tu noble confianza.
—Adios!
MARIA. Volverás pronto?
ROGER. Estás llorosa?
MARIA. Nada hay sin tí que á mi contento cuadre.
—Pero ay! que ofendo á Dios! soy tan di-
Vete, y si tardas, hallará la esposa [chosa!
consuelo en las delicias de la madre.
ROGER. Así te quiero.—Adios! (Váse por el fondo.)

ESCENA IX.

MARIA, sola.

MARIA. Partió! y si es cierto
que el corazon no engaña y que revela
sucesos por venir; qué dice el mio?
Duda! y la duda hiela
con punzador y penetrante frio!

ESCENA X.

MARIA, ALEJO pór la derecha.

ALEJO. Dónde está Roger? (Agitado.)
MARIA. Mi esposo...
ALEJO. Le tiene el emperador
á su mesa! está perdido!
MARIA. No puedo creerlo; no!
mentira! mentira infame!
quien ha merecido á Dios
una corona, no puede
cometer tan vil accion!
ALEJO. No me cree! (Desesperado.)
MARIA. Ya os lo he dicho.
ALEJO. No sufrais nunca el dolor
que me estais causando.
MARIA. Alejo;
ya lo veis: tranquila estoy.

(Alejo se acerca á la ventana, adonde se dirige tambien Maria.)

ALEJO. Venid; veis? por todas partes
gente armada: en derredor
del palacio, triple muro
de hierro se levantó.

MARIA. Es cierto. (Con tranquilidad.)

ALEJO. Los turcomanos,
obedientes á la voz
de los traidores, invaden
la ciudad en confusion.

MARIA. Qué importa?

ALEJO. No me ha entendido!

ESCENA XI.

DICHOS y BERENGUER.

MARIA. Quién viene?

ALEJO. Llegad, Roudor!
convenced á la princesa.

BERENG. Vuestro esposo?...

ALEJO. Despreció
mi aviso.

BERENG. Desventurado!
por todas partes la voz
corre ya de que se intenta
aquí nuestra destruccion.
Los turcomanos anuncian
con alegria feroz
el cobarde asesinato.

MARIA. Quién lo oyó, Berenguer?

BERENG. Yo.

MARIA. Dios mio, me harán dudar
de mi propio corazon!

BERENG. Mire Grecia lo que intenta,
ó por siglos, juro á brios!
se acuerda de Cataluña
y sueña con Aragon.

MARIA. Cómo he podido fiarme
de Miguel? qué necia soy!
si es imposible que tenga

ni entrañas, ni ley, ni Dios!
Infame! y de qué manera
tan pérfida me engañó!
Mas yo corro...

BERENG. Ya no es tiempo
sino de vengarnos: voy
á dar el aviso de esta
indigna maquinacion.

MARIA. Cómo?

BERENG. Como estamos ya
con recelo, se pensó
en una señal que diera
aviso de la traicion.

MARIA. Y de qué modo?...

BERENG. En la torre
frontera del Salvador
doce campanadas...—Corro.

MARIA. Berenguer: todavia no.
Á la sala del festin
voy; si tuvieran valor
para consumar el crímen
estando presente yo;
veis esa ventana? está
frente á la torre.

BERENG. Una voz...

MARIA. Aguardad: si en ella brilla
de una luz el resplandor,
es señal de que mi horrible
desgracia se consumó.

BERENG. Voy á esperar la señal.
(Váse por el fondo, derecha.)

MARIA. Y yo á estorbar la ocasion.

ESCENA XII.

ALEJO, luego GIRCON por el fondo, izquierda.

ALEJO. Yo no puedo ni aun vengarle,
que adivino el matador.
—Mas si lograra Maria
con su llanto, con su voz,
con su hermosura, inspirar

á esos hombres compasion!...
Jurara que allá en la sala
del festin... me engaño? no!
(Acercándose á la puerta del fondo y aplicando el oido.)
oigo voces! son de gozo,
de cólera, ó de qué son?
—Mi padre! (Viéndole salir.) Qué significa
ese lejano rumor?

GIRCON. Que está deshecho el encanto.

ALEJO. El crímen se consumó!

GIRCON. Se consumó mi venganza:
ya está sin mancha mi honor.
Lo que tu acero no pudo,
este mio lo acabó.

ALEJO. Apartaos!

GIRCON. Huyes de mí?

ALEJO. Si, padre! me dais horror!

MARIA. (Dentro.) Traicion!

GIRCON. Aqui la princesa!

ALEJO. Huid.

MARIA. Infame traicion! (Lo mismo.)

ALEJO. Apartaos! tened al menos
lástima de su dolor.
(Gircon se retira adonde está la ventana.)

ESCENA XIII.

DICHOS y MARIA, que sale por la izquierda pálida y dominada por el terror,

ALEJO. Ah!

MARIA. Desoí tu consejo:
murió mi esposo y tu hermano.
Qué infame acero! qué mano
le ha herido?—Venganza, Alejo!
—No mata el mayor afan
ni el dolor, puesto que existo.

ALEJO. Desgraciada! le habeis visto?

MARIA. Ni ese consuelo me dan.
Hallé las puertas cerradas:
sin embargo, á mis oidos

llegaron sordos gemidos
y lúgubres carcajadas.
De aquella sangrienta escena
la confusion se adivina.
«Muera la gente latina!»
es el grito que resuena.
Y luego, de terror presa,
oí un eco vago, incierto,
qué decia: «Ha muerto! ha muerto!
ay desdichada princesa!»
Quise entonces compartir
su suerte!

ALEJO. (Pobre Maria!)

MARIA. Yo, por mí.... yo moriria!
pero no debo morir.
—Ah! Grecia! Grecia! hoy acaba
tu vida con esa vida!
serás de Dios maldecida!
serás miserable esclava!

ALEJO. Señora!

MARIA. Y querrás en vano
salir de tu infame abismo!
cómo podrás, si Dios mismo
te ha dejado de su mano?
Griegos, vestid los arneses,
que ahora empiezan los horrores!
—Roger! nuestros vengadores
serán tus aragoneses.

ALEJO. Muerto Roger, qué esperanza
nos queda ya?

MARIA. Yo no cejo.
Qué! no me entendeis, Alejo?
quiero venganza! venganza!

ALEJO. De quién?

MARIA. De su matador.

ALEJO. En él mi espada no corta.

MARIA. Es Gircon!—Pues bien! no importa!
á mí me sobra el valor.
(Coge la luz y se dirige á la ventana donde descubre á Gircon, que retrocederá á medida que ella avanza.)
Gircon aquí?

GIRCON. (Qué pretende?)
MARIA. Sangre destila esa espada!
sangre veo en la mirada
con que mi cólera enciende!
No quiera Dios que el malvado
goce en su crímen!
(Avanzando hácia la ventana.)
ALEJO. Señora!
(Llega Maria á la ventana y levanta la luz.)
GIRCON. Qué es eso?
MARIA. Qué?
(Un momento de silencio: despues se oye la campana del Salvador.)
Que la hora
del esterminio ha llegado!

ESCENA XIV.

DICHOS y el EMPERADOR MIGUEL.

MIGUEL. Gircon: la venganza ofrece
á tu ira fácil camino.
Sorprende el campo latino!
la noche nos favorece.
MARIA. Sorprender! empresa vana!
MIGUEL. Cómo?
MARIA. Como saben ya
que la fé quebrada está.
Qué te dice esa campana?
Ese tañido veloz,
de mis iras mensajero,
va á despertar el acero
del almogávar feroz.
MIGUEL. Cierto? esa señal extraña
anuncia?...
MARIA. Pregunta necia!
Anuncia el fin de la Grecia!
anuncia el rencor de España!

FIN DEL ACTO TERCERO.

ACTO CUARTO.

Interior de la ciudad de Apros, con muro al frente, de poca altura, y una plataforma anterior, á la que se sube por tres ó cuatro gradas de piedra. Á la derecha, en el fondo, y ocultándose en su mayor parte, el castillo que defiende la ciudad: á uno y otro lado del teatro, casas aisladas, que forman calles entre sí. Al levantarse el telon, estará Alejo subido en la plataforma y recostado sobre el muro. Perich de Naclara sale por la derecha recatándose, y se dirige hácia la plataforma. Es de noche.

ESCENA PRIMERA.

ALEJO, NACLARA.

ALEJO. Quién vá?
NACL. Quién es?
ALEJO. El que oculta
la cara con tal misterio,
es traidor ó es enemigo.
NACL. Enemigo? hay algo de eso:
traidor jamás.
ALEJO. Yo conozco...
—Perich de Naclara!
NACL. Alejo!
ALEJO. Tú aqui?
NACL. Con mayor razon

preguntártelo yo puedo,
que ha mucho que no te he visto
por allá. Estás prisionero?
dímelo y te llevaré.
—Está cerca el campamento.

ALEJO. Ya sabes que no he nacido
español: cumplí mi empeño
y abandoné tus banderas.

NACL. Ah! ya! pero no eres griego.

ALEJO. No.

NACL. En ese caso, aunque seas
genovés... te lo consiento.

ALEJO. Pero cómo habeis podido
quedaros en este suelo
enemigo?

NACL. Aunque quisiera
alguno, que no queremos,
no hay retirada posible,
sino morir como buenos.

ALEJO. Por mar...

NACL. Echamos á fondo
las galeras desde luego,
que fué decision honrada!
y á no subirnos al cielo,
ó arrojarnos á la mar,
ó descender al infierno,
no hay sino morir matando
hasta soltar el pellejo [5].
Y lo daremos con gusto;
mas por esta vez no hay miedo,
que son pocos y cobardes.

ALEJO. Pocos dices?

NACL. Ya lo creo.

ALEJO. Doce mil hombres.

NACL. No mas?
—Nosotros, tres mil, ó menos.
Pero es tan grande el pavor
que les ha entrado en el cuerpo,
que con solo oir el grito
de Aragon! ya estan corriendo.

ALEJO. Y á qué has venido?

NACL. Á matar

á un hombre; á explorar el pueblo,
y el número de soldados.

ALEJO. Y qué has visto?

NACL. Mucho y bueno.
En primer lugar, está
el emperador con ellos,
lo cual ha de estimular
el apetito á los nuestros.
Sé tambien que no han llegado
todas las tropas: el grueso
está á tres leguas de aquí.
—Tres leguas! ya ves!

ALEJO. No es lejos,
y en breve...

NACL. Yo te aseguro
que no les daremos tiempo.

ALEJO. Y qué más has visto?

NACL. He visto
que es fácil ganar el cerro
donde está el castillo: un paso
he hallado.

ALEJO. Perich! ¡lo siento!
pero has visto demasiado
para no quedarte ciego.

NACL. Es chanza?

ALEJO. No, por desdicha.

NACL. Me quieres explicar eso?

ALEJO. Soy tu enemigo.

NACL. Enemigo!
pues no me has dicho?...

ALEJO. Y no miento:
soy alano.

NACL. Sí? pues voy (Desenvainando.)
á matarte como á un perro.

ALEJO. No sabes cuánto me duele
reñir contigo! (Lo mismo.)

NACL. Lo creo!
yo tambien lo siento mucho;
pero es preciso, y á ello.
(Hacen ademan de arremeterse.)

ALEJO. Espera.

NACL. Qué quieres?

ALEJO. Dime:
la princesa, qué se ha hecho?
NACL. Quién! la princesa Maria?
no debe de andar muy lejos.
ALEJO. Dí!
NACL. No sé; mas no hay jornada
que no presencie, ni incendio
ni accion...—Parece que huele
la sangre como los cuervos!
Y al verla llevar el luto
por el que fué nuestro dueño,
se enciende en los corazones
de la venganza el deseo.
Y no faltará; imposible!
hoy es el dia supremo
de la expiacion. Aun no habrá
rayado el sol en el cielo,
cuando poblará los aires
el cántico de San Pedro,
y esos campos espantados
oirán el «*despierta, hierro!*»
Gran dia va á ser!
ALEJO. Perich!
lo malo es que no has de verlo.
NACL. Cómo?... Ah! ya! pobre muchacho!
lo peor es que en dos credos
voy á despachar tu asunto.
—Empezamos?
ALEJO. Empecemos.
(Cuando van á acometerse, sale Maria por la izquierda. Al reconocerla, bajan uno y otro las espadas.)

ESCENA II.

MARIA, ALEJO, NACLARA.

MARIA. Alto, Alejo! alto Naclara!
NACL. Qué voz es esa?
ALEJO. Maria!
MARIA. Sí.
NACL. Cuando yo lo decia!
imposible es que faltara.

MARIA. Sí, Perich! tienes razon:
hoy menos que nunca puedo
faltar á vuestro denuedo,
hoy, dia de expïacion.
Vete y á tu gente inflama
con mi queja lastimosa!
venganza os pide una esposa,
y una madre, y una dama.
Para eso dejé mi encierro:
ea! ministros de la muerte!
suene el clarin, y despierte
del almogávar el hierro!
pelead mientras yo envio
mí queja al Juez de los jueces!
mientras dirijo mis preces
por el muerto esposo mio.

ALEJO. Señora! es justo el dolor
que sentis; pero ese hombre
ó muere, ó me deja el nombre
y la mancha de traidor.
—No estorbeis este combate,
señora!

MARIA. Que no os he dicho.

NACL. Tambien es fuerte capricho
empeñarse en que lo mate!

MARIA. Abajo el hierro!

ALEJO. Es estrecho
el deber.

NACL. No huyo la cara.

MARIA. Entre ese acero y Naclara
siempre encontrareis mi pecho.

NACL. Es mengua de mi valor,
señora, y no lo permito.

MARIA. Perich!

NACL. Yo no necesito
corazas de ese valor.
La de mal curtido cuero
que llevo, y sin espaldar!
no la ha podido horadar
villano ni caballero.
Su dureza no la abona
contra lanza ó cintarazo:

lo que la abona es el brazo
que defiende á mi persona.

ALEJO. Dios sabe que con dolor
le hiriera.

NACL. Lo mismo digo.
Le matara como amigo:
con fé, pero sin rencor.

ALEJO. Vuestra presencia le valga.

NACL. No te estoy por la merced
obligado.

ALEJO. Pero haced
que luego del muro salga.
—Lo hareis?

MARIA. Saldrá: yo os lo fio,
y adios!

ALEJO. Adios! (Ay, memorias
de aquellas pasadas glorias!
dormid en el pecho mio!) (Váse.)

ESCENA III.

MARIA, NACLARA.

MARIA. Dí, Pedro: cómo has entrado
aquí?

NACL. Si me dais licencia...

MARIA. El valor no es la imprudencia.

NACL. Os diré lo que ha pasado.
Esta noche, estando yo
dormido en mi pobre ruedo,
sentí un hombre que muy quedo
hasta mi lado llegó.
Echéle un taco, y no flojo.
Los soldados, ya se vé!
nos acostamos de un pié
y nos dormimos de un ojo.
«Silencio!»—con ademan
misterioso y voz severa
murmuró aquel hombre, que era
Berenguer, mi capitan.
En el fiero regocijo
que su rostro iluminaba,

casi ví lo que pensaba.
—«Levántate y ven!» me dijo.
«Una hazaña peligrosa
intento; pero son breves
los instantes: dí, te atreves?»
—Preguntarme á mí tal cosa!
Ya andando, le pregunté:
«Y qué es?—Matar al villano
que puso traidora mano
en el que tu dueño fué.
—Hablarais para mañana!»
—Maté al sueño de un bostezo,
y llegamos sin tropiezo
al pié de una barbacana.
Dormian como unos santos
los guardas, por nuestro bien,
y á este quiero, á este tambien,
despachamos no sé cuántos.
Viendo que tan á man salva
el proyecto facilita
la suerte, nos dimos cita
para aquí y antes del alba.
Desesperado de hallar
á mi hombre, al muro volví:
me hallé con Alejo aquí,
y nos quisimos matar.
No era grande este deseo
ni el encono entre los dos:
qué diablos! vinisteis vos,
y mediasteis, y... *laus Deo*!

MARIA. Vuélvete á tu campo: estás
libre ya.

NACL. No puede ser:
yo dejar á Berenguer
en el peligro? Jamás!

MARIA. Vete, digo.

NACL. Y si perece
en la empresa?

MARIA. Yo lo mando.

NACL. Sin embargo...

MARIA. Desde cuándo
Naclara no me obedece?

Yo del capitan, la vida
y la libertad protejo.

NACL. Mirad, señora, que dejo
mi fama comprometida.

MARIA. Alguien se acerca!

NACL. Testigo
sois de que el campo abandono
sin voluntad.

MARIA. Yo te abono.

NACL. Adios. (Se dirige al muro.)

MARIA. Él vaya contigo.
—Pero por dónde?... estás ciego?
(Viendo que se ha subido al muro y pretende descolgarse por él.)

NACL. Ya veis.

MARIA. El muro es tan alto!

NACL. He dado yo cada salto
mas peligroso!...—Hasta luego.
(Se deja caer del otro lado: Maria ha subido á la plataforma y se asoma al muro.)

MARIA. Perich! Perich! (Con voz baja.) La esplanada
corriendo atraviesa.—Ya era
(Mirando á la izquierda.)
tiempo.—Con gente tan fiera,
se puede dudar de nada?
(Se dirige por la misma plataforma hácia la derecha, hasta desaparecer. Inmediatamente despues, salen por el lado opuesto, Miguel, Gircon y algunos Guardias.)

ESCENA IV.

MIGUEL, GIRCON y GUARDIAS.

GIRCON. Vos levantado á estas horas?
vos, esquivando el tranquilo
sueño?

MIGUEL. Qué mucho, si sabes
que de todos desconfio?

GIRCON. De todos?

MIGUEL. No te lo niego:
de todos... y de mí mismo.

GIRCON. Qué temeis? cuando haya alguno,
está lejano el peligro.
MIGUEL. Y si te engañas?
GIRCON. Pues qué
podemos temer?
MIGUEL. Me han dicho
que está ya sobre nosotros
el campo de los latinos.
GIRCON. Imposible! y harto harán
en resistir nuestro brio
tras de los cerrados muros
de Galípoli.
MIGUEL. Delirio!
No conoces á esa gente,
Gircon! tú no los has visto
en los dias de batalla,
para ellos de regocijo.
GIRCON. No digo que no: valientes
serán; pero reducidos
por los frecuentes combates
á número tan exíguo,
qué pudieran intentar?
MIGUEL. Abreviarnos el camino.

ESCENA V.

DICHOS y ALEJO.

ALEJO. Señor?
MIGUEL. Qué es eso?
ALEJO. Que estamos
poco menos que vendidos.
Espias de los contrarios
dentro del muro se han visto.
MIGUEL. Gircon: recorre los puestos:
manda á tus más atrevidos
guerreros á descubrir
si hay en el campo enemigos.
GIRCON. Voy, señor. (Váse por la derecha.)
MIGUEL. Tú los conoces:
que opinion tienes?...
ALEJO. Opino

que aunque son pocos, son buenos.
MIGUEL. Nos esperarán?
ALEJO. De fijo.
MIGUEL. Eso creo. (Sale Gircon.)
GIRCON. Nuestra gente,
gran señor, ha sorprendido
á un hombre.
MIGUEL. Quién es?
GIRCON. Miradle.

ESCENA VI.

LOS MISMOS y BERENGUER conducido por algunos SOLDADOS.

MIGUEL. Aqui Berenguer?
BERENG. El mismo.
MIGUEL. Tú armado contra mí?
BERENG. Pues!...
de qué os admirais?
MIGUEL. Me admiro
de que te llames hidalgo.
BERENG. Y quién duda, vive Cristo?...
MIGUEL. Recuerdas del Salvador
la torre? 6
BERENG. Nunca la olvido.
MIGUEL. Berenguer: un hombre osado,
agraviando á un enemigo
poderoso, mereció
el perdon de su extravio.
Pudo arrancarle mil veces
la existencia, el ofendido:
mas de su valor prendado,
«vete en buen hora!» le dijo.
Es noble, dime, volver
agravios por beneficios?
BERENG. Oidme: cierto hombre honrado,
en la casa de un amigo,
—amigo falso!—dormia
en paz: es decir, tranquilo.
Nunca pudo imaginar
que allí existiera peligro,
donde era todo alegria,

y protestas de cariño.
El falso amigo, una noche,
blandiendo un puñal, le dijo:
«Ya ves! no tienes defensa!
puedo matarte: eres mio.
Sin embargo, te perdono,
y, ó quedas agradecido
á mi buena accion, ó eres
cuatro dedos mas que un pícaro.»
Y ahora digo yo: no debe
agradecerse á sí mismo
ese hombre, que no le llame
su conciencia mi asesino?
Pues si á todos los mortales
que á traicion no me han herido
debo gratitud!... Qué diablos!
pues en qué mundo vivimos?

MIGUEL. Y ahora, dí?

BERENG. Ya es otra cosa:
vine aquí como enemigo
á cortar una cabeza (Mirando á Gircon.)
ó á morir.—Yo juego limpio!
Hemos echado aquí un lance
de azar, y yo lo he perdido:
cobrais, y en buena moneda.
Estamos en paz.—He dicho.

MIGUEL. Es decir, que te parece
justo mi rigor.

BERENG. Justísimo.

MIGUEL. De modo, que si hoy quisiera
salvarte...

BERENG. No, por Dios vivo!
eso era atarme las manos
cuando mas las necesito.

MIGUEL. Para qué?

BERENG. Para mataros.

MIGUEL. Gircon: me encanta ese brio! (Ap. á Gircon.)
—Fieros son los de tu tierra!

BERENG. Todavia no habeis visto
la mitad...—Nuestra memoria
vá á quedar aquí por siglos.
—Hoy, cuando quieren las madres

amedrentar á sus hijos,
con nombrarnos solamente
lo tienen ya conseguido.
«*Venganza de catalanes* [7]
te alcance!» Tal es el grito,
la maldicion con que ahora
se saluda á un enemigo.

MIGUEL. Pues bien! ha llegado el dia
en que de tantos delitos
vengue á mis pobres vasallos,
cansados ya de sufriros.
Venganza fiera, implacable,
piden con hondo quejido
las ciudades asoladas;
los campos en sangre tintos.
Echadle desde el mas alto
torreon de ese castillo,
y á los suyos nuncio sea
de su próximo exterminio.

ESCENA VII.

DICHOS y MARIA.

MARIA. Bien haces, Miguel.
MIGUEL. Maria!
MARIA. No le perdones, te digo:
es un hombre, y no otro agravio
es de tu saña el motivo.
Le matas porque le temes.
MIGUEL. Temer!
MARIA. Si, mi imperial primo!
y porque tiembla un cobarde
(Mirando á Gircon.)
de que á matarle ha venido.
Del valiente aprisionado
quién osa romper los grillos?
Nadie! no!—Por si te importa,
ahí tienes un asesino. (Señalando á Gircon.)
No manchará sus blasones,
que asesinar es su oficio;
mas por la espalda, que tiene

el rencor, asustadizo.

GIRCON. Señor! señor! si la fé,
si la lealtad con que os sirvo
merece una recompensa...

MIGUEL. Qué pides?

GIRCON. Á ese hombre os pido.

MIGUEL. Ahí le tienes.

GIRCON. Libre salga.

BERENG. Mas sin ningun requisito
ni condicion?

GIRCON. Que en el campo
has de encontrarte conmigo.

BERENG. Nada más?

GIRCON. Eso me basta.
—La admites?

BERENG. Que si la admito?
qué pregunta! pues qué vine
á buscar en este sitio?

GIRCON. Qué señal?...

BERENG. Sin la celada
saldré al campo.

GIRCON. En tal bullicio...

BERENG. Somos tan pocos, que de una
mirada estamos ya vistos.

GIRCON. Te hallaré: vete.—Acompaña (Á Alejo.)
al capitan, hijo mio.

BERENG. Tú!... (Reconociendo á Alejo.)

ALEJO. Vamos. (Con gravedad.)

BERENG. (Cómo es que tiene
tal mal padre tan buen hijo!)
(Váse Berenguer por la izquierda precedido de Alejo.)

ESCENA VIII.

MARIA, MIGUEL y GIRCON.

GIRCON. Otra gracia os pido.

MIGUEL. Cuál?

GIRCON. Que, guardando la muralla,
no salga Alejo á batalla.

MIGUEL. Qué temes?

GIRCON. Temo gran mal.

MIGUEL. Y es?...
GIRCON. El reto presenció.
MIGUEL. Cierto.
GIRCON. Mi temor es ese:
no quiero que se atraviese
entre mi enemigo y yo.
MIGUEL. No saldrá: yo te lo fio.
GIRCON. Gracias!—Ya vereis, princesa,
que para mayor empresa
que asesinar, tengo brio.

ESCENA IX.

MARIA, MIGUEL.

MIGUEL. Maria; qué es esto, dí?
qué venida inesperada...
MARIA. No es cierto que una jornada
sangrienta, se espera aquí?
MIGUEL. Y qué buscas?
MARIA. El tributo
acostumbrado.
MIGUEL. Eso es nuevo!
MARIA. Á cada combate, llevo
con menos dolor mi luto.
Yo presencié los reveses
que mis airados hermanos
han causado á tus alanos
y griegos y genoveses.
Yo, del Dios de las venganzas
guïada tal vez, yo he visto
de Recrea y de Redisto
las espantosas matanzas.
MIGUEL. Ha de ser tu odio invencible,
Maria?
MARIA. Qué puedo hacer,
mientras no olvide á Roger,
y olvidarle es imposible?
Y á su hijo, cuyo destino
en vela siempre custodio,
yo le educaré en el odio
de su cobarde asesino.

Él sabrá cómo acrisolas
de tu estirpe el blason puro,
cuando le tenga seguro
en regiones españolas.
Y cuando su esclarecida
estirpe, saber intente,
yo le diré:—«Hay hácia Oriente
una nacion corrompida,
nacion pérfida, cristiana
en nombre, más no en la fé,
que gemia bajo el pié
de la raza musulmana.
Su rey lloraba, con ciego,
más con impotente encono,
viendo cercado su trono
por lagos de sangre y fuego.
Y tan cerca tuvo un dia
del turco el temido azote,
que desde su lecho, el trote
de los caballos oia.
Pero al fin, de esta nacion
los mutilados pedazos
de un hombre en los fuertes brazos
hallaron su salvacion.
Llegó este hombre: la eclipsada
de Dios verdadera luz,
brilló otra vez en la cruz
de su vencedora espada.
Pero pasado el temor,
vencidos los enemigos,
esos que fueron testigos,
y no más, de su valor,
viendo en su gloria una ofensa,
—que merecerla no osaron,
—de noche le asesinaron
descuidado y sin defensa.
Hijo! á Dios así le plugo,
y de esos dos hombres vienes!
sangre á un mismo tiempo tienes
del mártir y del verdugo.
Y hoy otra vez el monarca
perdiendo tanta conquista,

se estremece, y con la vista
su mermado imperio abarca:
y otra vez ve á sus vasallos
del turco bajo el azote,
y oye como antes el trote
de sus feroces caballos.

MIGUEL. La que á su patria desprecia,
baldon es de sus mujeres:
por eso te infaman, y eres
escándalo de la Grecia.
Las madres que sin reposo
gritos de dolor exhalan,
á sus hijas te señalan
como ejemplo vergonzoso.

MARIA. No lloraban cuando yo,
hecho el corazon pedazos,
perdí los tiernos abrazos
del dueño que Dios me dió!
que celebraron... lo sé!
con fiestas y luminarias,
las escenas sanguinarias
en que manchaste tu fé.
Qué villanos regocijos!

MIGUEL. Tú de tu patria reniegas!

MARIA. Nunca nacieran las griegas
para tener tales hijos!

MIGUEL. Quién desdeña, quién no ama
á la tierra generosa
de Leonidas? y hay quien osa
poner en duda su fama!

MARIA. No! la historia la atestigua;
mas cómo á invocar se atreve
esta Grecia indigna, aleve,
los recuerdos de la antigua?
De esas madres no respondas,
jueces del honor ajeno;
ninguna llevó en su seno
Leonidas ni Epaminondas.
Y hasta el pueblo que encadenas,
á pesar de su ignorancia,
sabe que hay mucha distancia
de Constantinopla á Atenas.

MIGUEL. Y cómo su cautiverio
sufre?

MARIA. Porque no se hermana
la virtud republicana
con el fango de tu imperio.
Ya no quedan ni aun indicios
de ese pueblo; no lo dudes.
—Hay épocas de virtudes;
pero hay reinados de vicios.

MIGUEL. Mas tú, en fin, dónde has nacido?

MARIA. En los brazos de Roger.
La patria de la mujer
es el amor del marido.
Y más la que consiguió
en él tantas dichas juntas.
Tú, Miguel, tú me preguntas
dónde mi vida empezó?
—En la gloria de sus hechos,
en su cariño aquí fijo;
en su grandeza! en el hijo
que he alimentado á mis pechos.
(Empieza á amanecer.)

ESCENA X.

DICHOS, GIRCON y ALEJO.

MIGUEL. Qué hay, Gircon?

GIRCON. El enemigo!

MIGUEL. Está cerca?

GIRCON. Á la verdad,
tan cerca, que hasta se puede
sus capitanes contar.

MIGUEL. Ya lo ves!

GIRCON. Mas de rodillas,
y al cielo vuelta la faz,
el cántico de San Pedro
á coro entonando estan.
(Maria, durante esta relacion, sube á la plataforma, procurando descubrir el campo. Poco despues desaparece de la escena.)
Imploran vuestra clemencia,
ó es que resignados ya

se disponen á morir
negándose á pelear?

MIGUEL. Gircon! Gircon! ya te he dicho
y muy luego lo verás,
que tu desden es injusto
y aun puede serte fatal.
Prepárate á conocerlos
de cerca.

GIRCON. Vamos allá.
—Qué me ofrecisteis? (Ap. á Miguel.)

MIGUEL. Alejo!
ven aqui.

ALEJO. Qué me mandais?

MIGUEL. La suerte de los combates
es varia: por si un azar
cualquiera, nos acontece,
tú nos guardas la ciudad.

ALEJO. Qué decis? yo...

MIGUEL. Te lo mando.
Quien no intenta asegurar
la retirada, no cumple
el deber de capitan.

ALEJO. Pero...

MIGUEL. Basta.

ESCENA

ALEJO, luego, IRENE.

ALEJO. No ha podido
un tormento imaginar
más crüel! (Con abatimiento.)

IRENE. Alejo! Alejo!
qué es eso? por qué ese afan?
tú en un dia de combate...

ALEJO. Tengo miedo! lo creerás?

IRENE. Por qué?

ALEJO. Mi padre ha retado
á combate singular
á Berenguer de Roudor,
y pronto se encontrarán.
Y no estoy allí! amarrado

á la cadena fatal
de mi obligacion, no puedo
proteger su ancianidad.
Yo defender estos muros! (Con desesperacion.)
no soy griego, y ademas,
si pierdo á mi padre, qué
me resta ya que guardar?

IRENE. Temes!... está acostumbado
á vencer, y vencerá!
quién lo duda?

ALEJO. Mi desdicha.

IRENE. Yo no me abato jamás.
(Desde la plataforma.)
Mira con qué gallardia
los nuestros corriendo van
á su encuentro! ya se ha dado
de arremeter la señal.

ALEJO. Gran Dios!

IRENE. Breve es el espacio
que los separa.

ALEJO. Qué más?...

IRENE. Nada mas veo: entre el polvo
que el revuelto galopar
de los caballos, levanta,
solo el pendon imperial
veo que avanza, llevando
los escuadrones detras.

ALEJO. Esos hombres... (Irene baja.)

IRENE. Qué se ha hecho
de tu valor? si es verdad
que son de hierro, tambien
el hierro suele quebrar.
(Aparece por el fondo Maria, llena de ansiedad.)

ESCENA XII.

DICHOS y MARIA.

IRENE. Aqui Maria?

ALEJO. (Sedienta
de nuestra desdicha, viene.)

IRENE. Maria!

MARIA. Sois vos, Irene?
ALEJO. Esta ansiedad me atormenta!
(Se dirige al muro.)
IRENE. Yo soy.
MARIA. Largo tiempo hacia,
desde que dejó la esposa
mas feliz, de ser dichosa,
Irene, que no os veia.
IRENE. Perdon, señora!
MARIA. De qué?
murió Roger, y su muerte
en amigas nos convierte.
IRENE. Es que le amaba!
MARIA. Lo sé.
IRENE. Y no me odiais?
MARIA. No: testigos
son los cielos!—Si eso hiciera,
con qué derecho pudiera
odiar á sus enemigos?
IRENE. Qué buscais aquí? mirad
que la batalla trabada...
MARIA. Eso busco.
IRENE. Desgraciada!
MARIA. Muy desgraciada: es verdad.
Pobre víctima de engaños
y culpables desvarios,
contrarios llamo á los mios
y amigos á los extraños.
IRENE. Es posible!
MARIA. Y si mis ruegos
oye Dios, será este dia
tan feliz para Maria
como fatal á los griegos.
IRENE. Oh, no! si esta vez altivos
combaten!...
ALEJO. Irene, calla!
aun no empieza la batalla
y ya vienen fugitivos!
IRENE. Cobardes!
ALEJO. Vé lo que dices.
MARIA. Y por qué? si eso es verdad?
Quédese la vanidad

para las almas felices.
ALEJO. Irene!
IRENE. Qué?
ALEJO. La victoria
por nosotros se declara!
MARIA. El cielo nos desampara!
IRENE. Dia de eterna memoria!
MARIA. Os alegrais!
IRENE. Ah, perdon!
es mi tribu, son mis gentes,
mis amigos, mis parientes!
MARIA. Es verdad: teneis razon.
No oculteis vuestro alborozo:
campo dad á la alegria
y al bien que el cielo os envia!
que dicen que mata el gozo.
IRENE. Quiero ocultarlo y no puedo!
ALEJO. Calla, Irene! me engañaba,
ó son los nuestros?...
IRENE. Acaba!
ALEJO. Tengo de decirlo miedo.
La escasa luz de la aurora
me ofusca, y...
IRENE. Recelos vanos!
ALEJO. Se desbandan los alanos:
no puedo dudarlo ahora.
IRENE. Mientes! mientes!
ALEJO. Oh! no!
IRENE. Mientes!
ALEJO. Ay, hermana! en vano esperas!
puedo contar sus banderas!
IRENE. Vencidos!
ALEJO. Son nuestras gentes.
MARIA. Ah! (Con alegria.)
IRENE. Os alegrais!
MARIA. Si: ya veo
que vos...—Perdonad, Irene;
pero aquí cada cual tiene
su temor y su deseo.
IRENE. Que extranjeros son, olvida
sin duda, los vencedores!
MARIA. Pero son los vengadores

del hombre que fué mi vida.

ALEJO. Qué es esto?

IRENE. Vienen? son ellos?
Tus dudas me martirizan!
Habla!

ALEJO. ¿No ves que se erizan
con el terror, mis cabellos?

IRENE. Pero qué has visto?

ALEJO. Sobre haces
de rotas lanzas, cubierto
de banderas, traen á un muerto.

IRENE. En matarme te complaces.
—Quién es? quién es? (Dirigiéndose al muro.)

ALEJO. Trae la faz
lívida y ensangrantada;
pero el escudo y la espada...
—Padre! (Cae de rodillas.)

IRENE. Es él. (Apoyándose en el muro.)

LOS DOS. Dios te dé paz!

MARIA. Haced que mis emociones
pueda ocultarles, señor!
que no insulte yo el dolor
de esos pobres corazones!

ALEJO. Ven, Irene! cariñosa
y única familia mia!
ven!

IRENE. Oh, dia infausto!
(Ván se los dos por la derecha.)

ESCENA XIII.

MARIA, luego MIGUEL.

MARIA. Oh, dia
feliz! aurora gloriosa!
tú coronas la campaña
mas grande que ha visto el mundo.
Campo es la Grecia, fecundo
en laureles para España.
—Miguel!

MIGUEL. Calla.

MARIA. Fugitivo,

roto, vencido!... ¿no es cierto?
MIGUEL. Mil veces me juzgué muerto,
y aun no creo que estoy vivo.
Quién presta el feroz empuge
á esa arrogante milicia?
MARIA. La espada de su justicia
que sobre tu frente cruje.
MIGUEL. Tal vez!
MARIA. Tu traicion la inflama.
MIGUEL. Tal vez!
MARIA. Y atando tus manos
extermina á tus alanos
y nuestra sangre derrama.
Implacable como yo,
cuando contricion sintieras;
cuando perdon le pidieras,
te diria... no! no!... no!
MIGUEL. Calla! ya vengo vencido,
Maria! tus iras calma.
MARIA. Tengo tu infamia en el alma.
MIGUEL. No digas más! vengo herido!
(Maria, desarmada, se dirige á él manifestando interés.)
MARIA. Tú herido? tú, emperador,
peleando entre los buenos!
—Bien! bien! tienes á lo menos
una virtud: el valor.
MIGUEL. Con ira esgrimí el acero:
prodigios hice en abono
del decoro de mi trono
y el honor del caballero.
Todo inútil, todo en vano:
quién su saña contraresta,
si la justicia les presta,
el aliento sobrehumano?
MARIA. Lo conoces?
MIGUEL. Por mi mal!
—Pero vengo perseguido!
MARIA. Cierto.
MIGUEL. Un momento perdido
pudiera serme fatal.
MARIA. Huye.

MIGUEL. Aun está mi pendon
en el castillo.
MARIA. Quimera!
—Huye! no ves la bandera
de don Jaime de Aragon?
no distingues sus caudillos?
—Aunque por los campos yerres,
vete de aquí: no te encierres
en ciudades ni en castillos [8].
—Vete!
MIGUEL. Adios! (Váse por la derecha.)
MARIA. Pero á caballo,
(Hablando hácia dentro.)
que se acercan, oigo el ruido!
Nò fies de hombre nacido,
ni enemigo ni vasallo. (Baja á la escena.)
—Roger! tu asesino muerto,
tu enemigo castigado!...
quieres más? ya estás vengado!
ya estás contento! no es cierto?
(Gritos dentro algo lejanos.)
DENTRO. Aragon! Aragon!
MARIA. Dí;
no es verdad que tú conoces
esas placenteras voces
que van volando hácia tí?
(En este momento salen por la izquierda y asaltando el muro por diferentes puntos los almogávares, trayendo á su frente los estandartes de Aragon y Sicilia, y en medio de estos, otro con la imágen de San Pedro.) [9]

ESCENA XIV.

MARIA, en medio de la escena: BERENGUER de ROUDOR, PERICH de NACLARA, CAPITANES y SOLDADOS.

BERENG. Aragon!
MARIA. Bien, Berenguer!
gracias!
BERENG. Satisfecho quedo.
Hoy sí que deciros puedo:

«Hemos vengado á Roger.»
MARIA. Cierto.
BERENG. Si mira á la tierra,
verá un castigo ejemplar.
—En sangre puede nadar
el atahud que lo encierra.
MARIA. Bien habeis cumplido, hermanos
de aquel varon noble y fuerte!
habeis cansado á la muerte!
estais con razon ufanos.
Bien puede estar satisfecho
el justo y terrible enojo!
todo un imperio es despojo
del valor de vuestro pecho.
Ya podeis volver á España
cruzando sin pena el mar,
y á los vuestros, al contar
tanta pórtentosa hazaña,
decidles: «De nuestros pies
coronas han sido alfombra.
Vencido el Oriente, nombra
con miedo al aragonés.
Llorando queda, y mañana,
aun despues de enjuto el llanto,
recordará con espanto
la *venganza catalana.*»

FIN DEL DRAMA.

Habiendo examinado este drama, no hallo inconveniente en que su representacion sea autorizada.
Madrid 17 de Noviembre de 1863.

El Censor de Teatros,

ANTONIO FERRER DEL RIO.

NOTAS.

1 E los Almugauers portauen vn panó ab lo senyal del senyor Rey Darago, e en la dauantera de la fila un panó del senyal del Rey Fraderich: e axi se ho emprengueren ells comfaeren omenatge al Megaduch. (En RAMON MUNTANER, Chronica, o descripcio dels fets e hazanyes del Inclyt Rey Don Jaume, Primer Rey Darago, de Mallorques e de Valencia: Compte de Barcelona e de Muntpesiler: e de molts de ses descendents. Capítulo CCIII.)

2 E com aquesta pau fo feyta, lo Magaduch dix al Emperador que donas paga a la companya, e Lemperador dix queu faria e feu batre moneda en manera de ducat Venecia, que val VIII diners Barceloneses cascu. E axsi ell feu ne fer que hauien nom Vincilions e no valia tres diners la hu: e volch que correguessen per lo preu daquells qui valien VIII diners, e mana a cascu que prenguessen dels Grechs caual, o mul, o mula, o viandes, o altres coses que haguessen ops: e que pagassen daquella moneda. E aço feu per mal vici, ço es q̃ entras hoy e mala volentat entre los pobles e la host: que tantost que ell hach son enteniment de totes les guerres, volgra quels Franchs fossen tots morts, e fossen fora del Imperi.—MUNTANER, cap. CCX.

3 Xor Miqueli hach feit venir á Andrinopol Gircon cap dels Alans, e Milich cap dels Turcoples: axi que foren entre tots IX milia homens de cauall. MUNTANER, cap. CXV.

4 E perço la muller del Cesar no passa ab ell al Natuli, com era prenyada... MUNTANER, cap. CCXIII.

5 Palabras casi textuales de Muntaner.

6 E puix per la ciutat mataren tots quants ab lo Cesar eren venguts, que non escaparen mas tres, que sen muntaren en vn campanar. E daquells tres la hu era en Ramon Alquer fill den Gilabert Alquer caballer de Cathalunya, nadiu de Castallo Dampuries: é laltre un fill de caualler de Cathalunya, per nom G. de Tous: e laltre Bn̄ de Roudor qui era de Llobregat. E aquests foren al campanar combatuts, e defensaren tant que fill del Emperador dix que pecat seria si murien: e axi assegura los, e aquests tantsolament ne escaparen. MUNTANER, cap. CXV.

7 Quedó entre los griegos hasta nuestros dias por refran: «La venganza de catalanes te alcance.» (Expedicion de los catal anes y aragoneses contra turcos y griegos, por D. FRANCISCO DE MONCADA, conde de Osona, cap. XXXVII.)

8 Retirado Miguel dentro de Apros, no se tuvo por seguro, y aquella misma noche se salió y se fué á Panfilo, y de allí á Didimoto... MONCADA, cap. XXXVI.

9 Levantaron un estandarte, antes de salir á pelear, con la imagen de San Pedro. MONCADA, capítulo XXXV.

ERRATAS.

Pág. 93, línea 27. *Dice:* y soldado advenedizo! *Léase:* y soldado advenedizo,
Pág. 124, línea 15. *Dice:* ensangrantada; *Léase:* ensangrentada;